

HUMANISMO Y GENIO CRÍTICO EN MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Javier GARCÍA GIBERT
Universidad de Valencia

El artículo es una reflexión sobre el genio crítico de Menéndez Pelayo, el primer historiador y crítico moderno de la literatura española, pero también un autor de lección permanente, a pesar del olvido en que parece tenerlo la reciente cultura española. Se subraya la inequívoca tradición humanista en la que asienta sus principios y se comentan sus logros críticos, que —más allá de su reconocida valía como erudito— obedecen a su sensibilidad estética, así como a la emoción auténtica y al magnífico estilo con que se transmiten.

Palabras clave: Humanismo, erudición, crítica literaria, hispanismo, estética, krausismo.

Humanism and the Critical Genius of Marcelino Menéndez Pelayo

This essay is a reflection on the critical genius of Menéndez Pelayo, who was the first modern historian and critic of Spanish literature and, despite the lack of acknowledgement of his work in present Spanish culture, an author of undying value. The study points out that he clearly belongs to the humanist tradition and reviews some of his critical achievements, discussing not only his recognized erudition but also the sensibility and strong emotion with which his knowledge is passed on and the elegant literary style he employs.

Key Words: Humanism, erudition, literary criticism, Hispanism, Aesthetics, Krausism.

A la memoria de mi padre, paisano y admirador de don Marcelino

En mayo de 1912, un mes después del hundimiento del Titanic bajo las gélidas aguas del Atlántico norte, en su querida Santander natal, bañada por un mar de ese mismo océano, un titán de las letras desaparecía, pero no a la manera decepcionante del buque británico, sino sólo después de haber recorrido las más fecundas y variadas singladuras intelectuales (lo que a la postre se materializaría en los 66 volúmenes de sus Obras Completas). Este año, en efecto, se cumple un siglo de la muerte de Menéndez Pelayo, a quien verdaderamente puede considerarse, entre otros títulos, como padre de la historia y de la crítica literarias en nuestro país. La

postergación que desde hace décadas ha padecido y padece su figura es un caso ejemplar para la reflexión —y no precisamente halagüeña— sobre la reciente cultura española y estimula a sus admiradores para aprovechar de la mejor manera este centenario, superando así por fuerza una suspicacia muy menéndezpelayesca (que nosotros mismos compartimos): esa aversión que, como todo amante y estudioso genuino de las bellas letras, sentía por las efemérides y los aniversarios de carácter cultural, aversión que estaba tan relacionada con su aborrecimiento por los periodistas, “mala y diabólica ralea, nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber” (HHE, V, 310)¹, como con su tantas veces confesada incapacidad para llevar a cabo los trabajos de encargo y fecha fija que a menudo se le solicitaban para dichos fastos.² Nos permitiremos, por tanto, en esta ocasión infringir esa sana costumbre de no hablar del suceso o del personaje memorable en el estricto momento celebratorio y nos dejaremos llevar por el aniversario en razón de justicia mayor y en el bien entendido de que la atención y el estudio de Menéndez Pelayo no deben ser, por así decirlo, traje de efeméride, sino permanente fondo de armario de la cultura española.

Don Marcelino no es sólo el primer y máximo referente de la crítica y de la historia de la literatura y de la Estética en España, sino que, como trataremos de mostrar en las páginas que siguen, es también un crítico e historiador de lección y vigencia inextinguibles, cuyos escritos guardan todavía intacto su valor documental, su capacidad pedagógica y esa magia en la transmisión del conocimiento que viene dada por la emoción auténtica y por el soberbio estilo con el que esa emoción se representa. Ni sus detractores más recalcitrantes podrían negar los méritos objetivos del erudito cántabro. Como decía Dámaso Alonso, “Menéndez Pelayo creó, sencillamente creó, la historia de nuestra literatura”.³ Es cierto que en los cien años anteriores al nacimiento del crítico santanderino habían existido apuntes aislados y parciales para una historia de la literatura española en Forner, en el abate Lampillas, en Sarmiento, en Juan Andrés, en Moratín hijo, en Alberto Lista, en Quintana...; aunque los intentos más sistemáticos habían venido del extranjero: en 1804 había visto

¹ Aprovechamos para manifestar que, si no se expresa nada en contrario, nuestras citas de las obras de Menéndez Pelayo corresponderán a la Edición Nacional de sus Obras Completas llevada a cabo (de 1940 a 1966) por el CSIC. Citaremos con las iniciales del título de la obra, el tomo de la misma (si hay varios) y la página o páginas en cuestión: *La ciencia española* (CE), *Historia de los heterodoxos españoles* (HHE), *Historia de las ideas estéticas en España* (HIEE), *Orígenes de la novela* (ON), *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria* (EyD), *Ensayos de crítica filosófica* (ECF).

² Véase, por ejemplo, su carta a Valera de 10-VIII-89.

³ En *Homenaje a don Marcelino Menéndez y Pelayo*, Universidad Complutense de Madrid, Publicaciones de la Universidad de Madrid, 1956, p. 67.

la luz un primer e imperfecto intento de obra de conjunto sobre la materia por parte de un profesor de la Universidad de Gotinga, Friedrich Bouterwek, y unas décadas después, en 1849, se había publicado —aunque todavía con significativas ausencias e importantes irregularidades y fallos de apreciación— una más organizada y completa *Historia de la literatura española* (1849), realizada por el hispanista norteamericano George Ticknor. A esto habría que añadir en los años siguientes los trabajos serios y documentados (aunque centrados preferentemente en el período medieval) de dos eruditos que fueron ya maestros directos de don Marcelino: Amador de los Ríos y Milá y Fontanals. Pero lo cierto es que, a pesar de todo, no existía ninguna historia completa de la literatura española, bien organizada, sin lagunas significativas y con documentación verdaderamente fiable, rigurosa y moderna. Aunque Menéndez Pelayo, en puridad, no llevará a cabo esta tarea de manera sistemática⁴, sí ofrecerá los mimbres y los materiales necesarios para confeccionarla⁵ y sobre todo elaborará un *Programa* de la materia (que, con leves modificaciones a lo largo de su vida, ya presentó y defendió en sus oposiciones a cátedra de 1878), que constituía un proyecto de enorme coherencia, con una periodización clara y convincente, aún hoy bastante asumible en sus líneas generales.

Pero, además de su importancia para la historiografía literaria de nuestro país, Menéndez Pelayo es, efectivamente, como también se ha afirmado, “el

⁴ Sus amigos más íntimos, como Valera, le insistían para que llevara a cabo esa labor y él mismo, al menos durante unos años de su vida (los de catedrático de Literatura en la Universidad Central de Madrid), parecía sentir esa obligación, aunque no desconocía la dificultad de la empresa por la ausencia de ediciones críticas o de buenos estudios monográficos anteriores sobre autores, tendencias o períodos de las letras españolas (y en este sentido recordaba con envidia la innumerable serie de trabajos de investigación preliminares que habían posibilitado, por ejemplo, la magnífica *Historia de la literatura inglesa* de Taine). Fue él mismo en buena medida el que se vio obligado a hacer esta labor crítica preparatoria. Otra cosa es que tuviera “vocación” de manualista, que no era el caso. En su interesante Prólogo de 1901 a la *Historia de la literatura española* de J. Fitzmaurice-Kelly, traducida y anotada por A. Bonilla y San Martín, aunque Menéndez Pelayo acaba reconociendo, como no podía ser menos, el mérito y la utilidad de los buenos manuales, comienza expresando bien a las claras su recelo ante los mismos, porque “descansar sobre el fruto de la labor ajena, por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria en todo punto al generoso espíritu de independencia” que debe tener todo estudioso de cualquier materia.

⁵ No sólo en sus investigaciones propiamente literarias (especialmente en sus *Orígenes de la novela*, en los valiosísimos Prólogos a su *Antología de poetas líricos castellanos*, o en sus trabajos sobre los grandes maestros del teatro español), sino también estableciendo el gran marco ideológico y estético que suponían su *Historia de los heterodoxos españoles* y su *Historia de las ideas estéticas en España*, obra esta última que él mismo concebía mientras la estaba escribiendo como una necesaria introducción contextual a su prevista historia de la literatura española.

creador de la crítica española moderna⁶ y el autor, por añadidura, merced al cual "la crítica literaria adquiere (...) por primera vez en nuestra lengua una jerarquía estética"⁷. En honor a la verdad, para medir la valía de su labor en este terreno no existe referencia anterior en nuestra cultura hispánica, y sólo pueden tomarse como rasero —sin que desmerezca de ellos en absoluto⁸— los grandes maestros de la crítica europea de su siglo, a los que él mismo admiraba (el francés Saint-Beuve, el italiano De Sanctis, el inglés Mathew Arnold...) o de la crítica española posterior (aunque ésta sea siempre deudora, confesa o no confesa, de su ímproba labor). Parafraseando una conocida idea del viejo humanismo, si los críticos que le han sucedido han sido capaces de ver más o más lejos que él es porque estaban subidos a sus hombros de gigante, no porque hayan alcanzado su estatura. Y a pesar de que muchos, en sus investigaciones, tratan, como veremos, de preterir su nombre o de minimizar su obra y su figura, el erudito cántabro es en realidad la piedra de toque para la obligada modestia de cualquiera que escriba sobre los temas que él escribió.

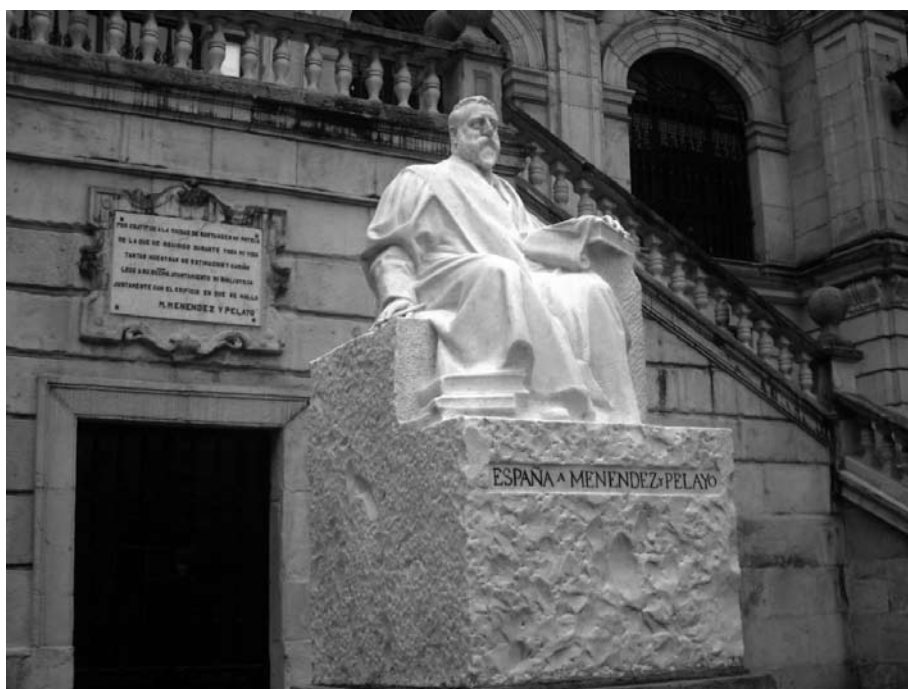
Asentados estos méritos difícilmente discutibles, y antes de examinar con mayor detalle los rasgos caracterizadores y el indudable genio de la producción menéndezpelayesca, no estaría de más apuntar brevemente a algunos aspectos de su personalidad, en virtud de los cuales el ilustre erudito en su noble misión de sabiduría no elimina al hombre frágil y cercano, extraordinariamente próximo a la vida: por un lado, el católico a machamartillo, de fe y principios inquebrantables, el respetadísimo sabio cuatro veces académico, de laboriosidad ejemplar, de vida ascética y frugal; por otro, el portentoso niño de curiosidad insaciable, el joven fogoso que entra a pecho descubierto en las polémicas, el hombre sociable y dicharachero que cultiva a fondo la amistad, el gozador que no da la espalda a los placeres de la existencia. Esta doble imagen complementaria de Menéndez Pelayo (que el buen lector es capaz de advertir también en sus textos) nos ha sido transmitida con fidelidad por el arte, que ha sabido resaltar una u otra de sus vertientes, según las circunstancias. Así, tenemos, por un lado, la esperable imagen de Menéndez Pelayo como emblema de sabio y prócer cultural, representada por la estatua de Mariano

⁶ Emilia de Zuleta, *Historia de la crítica española contemporánea*, T. I, Madrid, Gredos, 1974, 2ª ed. ampliada, pp. 15–46, cita en p. 15.

⁷ Guillermo de Torre, "El titán y los libros", en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, p. 167.

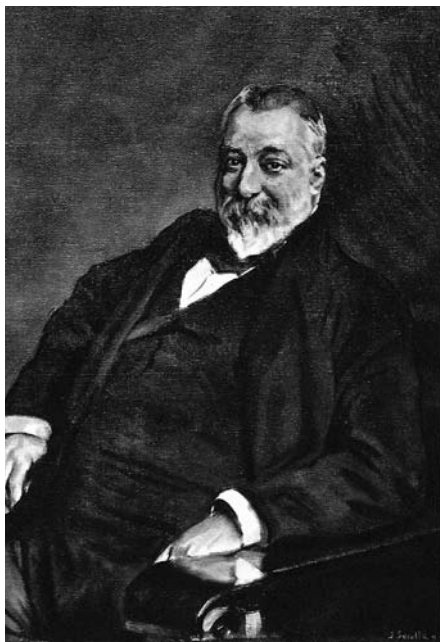
⁸ Guillermo de Torre, en su *Nuevas direcciones de la crítica literaria* (Madrid, Alianza, 1970, p. 50 y ss.) no vacilaba en ponerle a la altura de los mejores críticos europeos de su siglo, erigiéndolo, por cierto, como modelo —frente a las tendencias formalistas que proliferaban en los años 60 del siglo XX— de esa crítica histórica y exegética con elementos empáticos y estéticos que el propio Guillermo de Torre proponía.

Benlliure en el jardín de la Biblioteca del escritor en su ciudad natal, o por la de Lorenzo Coullaut, sobrino que fue de su amigo Valera, presidiendo el vestíbulo de la Biblioteca Nacional (y que hace unos años pretendió retirar una directora de infausta memoria cuando sentó sus reales en aquella casa); o también la grave y ascética representación de sabio cristiano que nos transmite en la catedral santanderina su estatua mortuoria, realizada por Victorio Macho, admirador del erudito cántabro desde muy joven. El escultor, de hecho, veló su cadáver la noche del 19 de mayo de 1912 y lo esculpió muchos años después en esa excepcional escultura funeraria, donde se representa al sabio yacente con el hábito franciscano en el que fue amortajado, reposando la noble cabeza en dos gruesos volúmenes y apretando sobre el pecho con la mano izquierda una cruz sobre un libro abierto, mientras que la diestra cae desmayada, sujetando una pluma de escritor entre los dedos.



Estatua de Menéndez Pelayo, obra de Mariano Benlliure, en el jardín de su Biblioteca de Santander.

Pero hay otra imagen (y otra condición) de Menéndez Pelayo, que no deja de atisbarse por el espectador atento en todos los retratos, pictóricos o fotográficos, que de él conservamos y que documenta meridianamente la paleta levantina de Joaquín Sorolla con ese retrato que le pintó en 1908 para la Hispanic Society de Nueva York: la imagen jovial de un Menéndez Pelayo ya cincuentón, pero reveladora de un temperamento carnal y sanguíneo, cuya existencia no desconocemos y que testimonia en nuestro sabio los fueros del cuerpo incluso en el reino del más alto espíritu. Nadie puede, por ejemplo, decir que el ilustre polígrafo fuera un hombre abstemio, aunque, como salta a la vista, su afición —en el grado que fuere— a los alcoholes fuertes no perturbó el desarrollo plétórico de sus extraordinarias dotes intelectuales. Y nadie tampoco puede afirmar que la empedernida soltería del erudito cántabro —que llevó, por otro lado, una existencia discreta y morigerada— estuviera ayuna por completo de mujeres. Con lo que sus biógrafos y comentaristas han sugerido sobre el particular podría componerse una deliciosa antología de retórica eufemística, basada en lítotes, perífrasis, reticencias y pretericiones. Baste como ejemplo esta consideración de Leonardo Pita: “sin duda tuvo momentos en que fue infiel a los manuscritos y prefirió leer en el libro abierto de la naturaleza humana y alabar a Dios en la perfección de sus criaturas”.⁹ Abandonemos con este hermoso circunloquio estos humanos aspectos biográficos de don Marcelino —que algo explican también de la manera vital y apasionada con que nos habla siempre de la belleza y de la cultura— y centrémonos ya en la índole de su condición intelectual, que determinará decisivamente no sólo el valor intrínseco de su capacidad crítica sino también la calidad ética y estética de la misma.



Menéndez Pelayo, óleo de Joaquín Sorolla, en la Hispanic Society of America en Nueva York.

⁹ En su nota preliminar a la edición de *Odas, Epístolas y Tragedias* de Menéndez Pelayo (Emecé Editores, Buenos Aires, 1943, p. 21):



Estatua yacente de Menéndez Pelayo, obra de Victoria Macho, en la catedral de Santander.

El último humanista

Creo que, en efecto, sería conveniente dejar establecida, antes que nada, la específica condición intelectual de Menéndez Pelayo, es decir, el tipo de estudioso con el que nos encontramos: cuál es la tradición a la que se acoge, los recursos que utiliza y las metas que persigue. Ello nos ayudará a entender las virtudes y el alcance de su obra, y también las fricciones y las reservas que, sobre todo en nuestros días, pueden suscitarse frente a ella. Por decirlo de entrada y de modo sumario: tanto en sus principios y en sus finalidades como en sus actitudes, ya bien distintos a los hegemónicos en los ambientes intelectuales de su tiempo, Menéndez Pelayo es un representante cabal de la vieja tradición del humanismo, y a esa tradición remitió muchas veces explícitamente a lo largo de su obra. El discurso humanístico, en sus propias palabras, es el que defendía, frente al materialismo deshumanizador reinante, "la integridad de la conciencia humana, el libre albedrío, el valor ontológico y sustancial del derecho, la fuerza imperativa del criterio moral, la posibilidad y la realidad de la metafísica, lo ideal en el arte, y todas las intimidades, pompas y esplendores de la vida del espíritu, asentadas sobre la roca inconvencible de las nociones primeras".¹⁰ ¡Verdadera y cabal declaración de principios de

¹⁰ Estas palabras, de 1883, se encuentran en su Discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, y se relacionan con la postura humanística del académico Moreno Nieto, al que sustituía (EyD, VII, 4).

humanismo cristiano! Distinguía asimismo Menéndez Pelayo al “*intelectual* de los que ahora se estilan” del humanista verdadero; o, dicho de otro modo: a los que adolecen de “aridez de la mente y del corazón” y de “cierta soberbia hosca y ceñuda” frente a los que persiguen el “ideal de una vida armónica y serena en que tengan su legítima parte todas las formas de la actividad humana”.¹¹ Porque el auténtico humanista, mucho más que verdades nuevas y conocimientos teóricos, busca procurarse una formación integral (una *paideia*) que dota a su vida, simultáneamente, de emoción, sentido y sabiduría, todo ello a partir del tesoro de la tradición. O, en palabras de don Marcelino: “toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu”.¹²

Lo cierto es que en sus principios, en sus procedimientos, en sus actitudes, Menéndez Pelayo va a suponer una línea de continuidad absoluta con los humanistas de la edad dorada. Establecía como ellos esa indisoluble comunión de saberes que caracterizaba a la filología clásica entre la gramática, la retórica, la filosofía y la historia¹³, manteniendo asimismo un sentido muy claro de vinculación entre la estética y la ética y entre la ética y el intelecto. El erudito cántabro constata, en este último sentido, que la gran tradición ética humanista había mostrado una cierta indulgencia con errores pasionales o concupiscentes, pero no con los errores intelectuales, que son verdaderas “aberraciones éticas” (EyD, III, 381–2). Una de las más graves, a su juicio, como al de los humanistas del Renacimiento, era la negación del libre albedrío; Menéndez Pelayo —que lo consideraba uno de los rasgos caracterizadores del alma histórica española¹⁴— se opuso

¹¹ En el Discurso de recepción a su discípulo Adolfo Bonilla para la Real Academia Española (ECF, 368).

¹² La célebre definición del humanista que Menéndez Pelayo ensartó en los primeros compases de su Discurso “De las vicisitudes de la filosofía platónica en España” (ECF, 11)

¹³ En este sentido mantenía firmemente que en la valoración estética siempre debe exigirse “el elemento de la crítica histórica, sin la cual las apreciaciones de gusto quedan muchas veces en el aire” (EyD, III, 52). Aunque regida en último término por una concepción providencialista —que algún crítico ha denominado “historicismo trascendental” (Modesto Sanemeterio, *Menéndez Pelayo. Su época y su obra literaria*, Ediciones Mater et Magistra, Madrid, 1962, pp. 48–49), su concepción de la Historia está troquelada por las tendencias más relevantes del siglo XIX: la dialéctica histórica hegeliana, la idea herderiana del espíritu de los pueblos, la concepción romántica de la historia como organismo vivo, las causalidades empíricas del positivismo, al arte narrativo de Macaulay...

¹⁴ Y que manifestó repetidas veces su admiración por aquellos autores que lo exaltaban, por más que estuvieran a gran distancia de su ideario estético o ideológico. Es el caso, por ejemplo, de Miguel Servet, a quien denomina “campeón de la libertad humana”

frontalmente a la hegemónicas filosofías del momento que lo cuestionaban y a los movimientos literarios contemporáneos, como el naturalismo, que se fundamentaban en una concepción determinista de la existencia humana. Pero si las irresponsabilidades intelectuales se convertían en “aberraciones éticas”, ocurría lo mismo con las estéticas. Escribir bien, por ejemplo, no era “solamente acto y deber literario, sino acto y obligación moral” (EyD, V, 25). Es sobradamente significativo el título mismo de su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: *La historia considerada como obra artística* (1883), una magnífica pieza humanística presidida por el ideal y la nostalgia de los historiadores greco-latinos que nos traían ante los ojos, junto con los hechos históricos, la grandeza y la miseria de la condición humana de un modo brillante, convincente y estético.¹⁵

Aunque a veces no se ha sacado de ello las consecuencias oportunas, la mejor crítica siempre ha percibido esta radical condición humanística como un aspecto definitorio del polígrafo santanderino. Cuando en 1956 —con motivo del centenario de su nacimiento— Enrique Sánchez Reyes tituló su monografía *“Don Marcelino”. Biografía del último de nuestros humanistas*, el entonces director de la Biblioteca Menéndez Pelayo recogía una ya vieja consideración sobre el erudito cántabro, que lo veía no sólo como “modelo” de humanistas”, sino como el último de ellos, y, todavía más, como un “humanista fuera de época”, un remoquete que también fue aplicado, con mejor o peor intención, sobre su figura. Con la mejor lo decía Adolfo Bonilla, discípulo dilecto de don Marcelino, tres años después de su muerte, al señalar que su maestro “era más bien hombre del Renacimiento que de estos prosaicos siglos”.¹⁶ Él mismo parecía sentirse de este modo: el siglo XVI español, en el que el inveterado espíritu religioso nacional se aunó con la sabiduría clásica greco-latina, era su máxima pasión intelectual, y la Antigüedad era para él, como para los humanistas del Renacimiento, un refugio anímico y emocional, y así decía al

por oponerse con gran decisión al determinismo teológico de los reformistas (HHE, III, 381) o de Lord Byron del que tenía una gran opinión, (“uno de los tres o cuatro grandes poetas de nuestro siglo”) y de quien dice que había sido superficialmente entendido sin apreciar su clasicismo formal ni su verdadera dimensión no sólo emocional y grandiosa, sino también ética, por su extraordinaria concepción del libre albedrío y de la responsabilidad personal a él aparejada (HIEE, IV, 368–9).

¹⁵ Matizando la diferencia de Aristóteles entre poesía e historia dice nuestro autor que el historiador verdadero debe ser capaz de descubrirnos también lo universal en los hechos particulares y de emocionarnos y enseñarnos como lo haría un dramaturgo o un novelista. El gran historiador “puede ser crítico, puede ser erudito, mientras reúne los materiales de la historia y pesa los testimonios e interroga los documentos; pero llegado a escribirlo, no es más que artista” (EyD, VII, 17).

¹⁶ En su Introducción al tomo IV y último de la edición de 1915 de los *Orígenes de la novela* (p. 89).

final de su célebre Epílogo a los *Heterodoxos* que él abominaba del “hórrido tumulto” del materialista y conflictivo siglo presente y volvía los ojos con amor a “los serenos templos de la antigua sabiduría”. Su pasión humanística no era sólo un gesto erudito, sino que incluía también la emoción estética del clasicismo (bien alejada de los simbolismos y decadentismos de la época). En una *Epístola* poética dirigida a Horacio —donde el cántabro, igual que Petrarca en sus Epístolas métricas, se refería a ese “tiempo feliz de griegos y latinos”, tan alejados de los “bárbaros hijos de la edad presente”— expresaba de este modo su devoción al Venusino: “La belleza eres tú: tú la encarnaste / como nadie en el mundo la ha encarnado”.

En realidad, la atribución de Sánchez Reyes a nuestro hombre como “el último de nuestros humanistas” hay que tomarla en un sentido literal, hasta el punto de que la vida intelectual de Menéndez Pelayo nos parece la de un hombre de otro tiempo. No hace falta recordar aquí las abundantes y pintorescas muestras de precocidad humanística, amor por el saber y afición a los libros en el Marcelino niño, porque son sobradamente conocidas y pueden hallarse fácilmente en sus biografías o incluso en colecciones y anecdotarios generales. Pero recordemos que Menéndez Pelayo adquirió desde su misma infancia una formación humanista a la antigua usanza, que le permitió, por poner un ejemplo, ser capaz de traducir en sus años jóvenes una obra tan exigente como el *Prometeo* de Esquilo.¹⁷ A los 13 años recitaba a Cicerón, y antes de cumplidos los veinte había compuesto elegías en dísticos latinos, se había carteadado en la lengua de Virgilio con el bibliotecario de Nápoles, había terminado su tesis doctoral sobre *La novela entre los latinos* y empezaba a elaborar algunos de sus proyectos más queridos: la *Biblioteca de traductores españoles* y la *Bibliografía hispano-latina clásica*, que iba a ser el repaso de todos los códices, ediciones, comentarios y trabajos que sobre los autores clásicos se habían hecho en nuestro país. Cualquiera de los humanistas de prestigio del Renacimiento le hubiera tratado como a un igual a la vista de esa ejecutoria.¹⁸

¹⁷ Véase en este sentido el artículo de Camilo M^a Abad, “Menéndez Pelayo, humanista”, en *Humanidades*, vol. VIII, núm 5, revista editada por la Universidad Pontificia de Comillas, Santander, 1956, pp. 9–21.

¹⁸ Para la consideración de Menéndez Pelayo como filólogo en un sentido clásico-humanístico, véase Felipe González Vega, “Trayectoria del clasicismo hispánico. La escogida senda de Menéndez Pelayo en los umbrales del siglo XXI”, en *Antiguos y modernos. Presencias clásicas, de la antigüedad al siglo XXI*, M^a T. Muñoz García ed., Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2009, pp. 285–312. Y también el artículo de Gerardo Bolado Ochoa, “La retórica clásica en la *Historia de las ideas estéticas en España*”, en *Historia de las ideas estéticas en España. Estudios*, Santander, Universidad de Cantabria, 2010, pp. 21–55.

Y para no diferir un ápice de sus antiguos colegas el joven Marcelino tendrá la ocasión de emprender la preceptiva aventura de peregrinación bibliófila. A los 20 años, precozmente leída su tesis doctoral, una beca del Ayuntamiento de Santander le permite, entre 1876 y 1877, cumplir su sueño de visitar las más importantes Bibliotecas del continente europeo (en Lisboa, Coimbra, Oporto, Roma, Milán, Nápoles, Bolonia, Florencia, Venecia, París, Bruselas, Amberes, La Haya, Amsterdam...), una detenida labor de documentación que completaría las que el erudito cántabro había hecho antes y haría después por las bibliotecas y los archivos de la geografía española. El modo y la pasión con los que el joven Marcelino llevó a cabo esta tarea¹⁹ nos recuerda la decisiva empresa de rescate y rebusca de manuscritos perdidos que se habían impuesto, desde Petrarca, los primeros humanistas del Renacimiento. Menéndez Pelayo fue, sin lugar a dudas, uno de los últimos eruditos que hizo esa labor a la manera antigua, con los mismos métodos —directos, aventureros y elementales— que habían empleado los humanistas de los tiempos heroicos. Como un redivivo Poggio Bracciolini, el joven Marcelino viajaba por Europa para localizar, descifrar y resumir o copiar de su propia mano olvidados códices y manuscritos que se hallaban perdidos en las bibliotecas, y que resultaban piezas fundamentales para una cabal comprensión de la historia y la literatura españolas.

Ciertamente, Menéndez Pelayo tenía ya a esas alturas en la cabeza su *Historia de los heterodoxos españoles* y su interés se focaliza muy especialmente en el hallazgo de textos que le permitan abordar ese vasto proyecto: así, encuentra un hermoso códice del siglo XIV con los tratados heréticos de Arnaldo de Vilanova, que se consideraban perdidos, en la Biblioteca Vaticana, donde también copia el raro opúsculo herético *Quodlibetum* de Pedro de Osma; localiza en la Minerva (biblioteca romana de los dominicos) documentos originales del proceso y condenación de Miguel de Molinos, que aclaran muchos aspectos oscuros de aquel suceso; descubre en la Biblioteca Corsini una copia con notables variantes del Diálogo de Alfonso de Valdés sobre el saco de Roma; copia el famoso proceso de Damián de Goes, protestante portugués del siglo XVI, en el archivo lisboeta de la Torre do Tombo..., y así sucesivamente. Su labor no se limita, obviamente, a investigaciones sobre la heterodoxia y los heterodoxos peninsulares, sino a todos los textos, documentos o referencias que puedan interesar a la historia cultural y literaria española, desde el hallazgo de un nuevo códice de las cantigas de Alfonso X el Sabio hasta

¹⁹ En las pp. 311 a 353 del T V de los EyD se recogen las 5 largas cartas que Menéndez Pelayo envió a José M^a de Pereda desde distintos lugares de Italia a los 21 años (1877), en las que, entre otras cosas, hace un repaso de las Bibliotecas públicas o privadas que visita (señalando su riqueza, los modos de acceso a la consulta, la amabilidad o no de los bibliotecarios, etc., pero sobre todo la fecunda labor de documentación que él está allí realizando).

una obra inédita del neoplatónico Fernando de Córdoba, pasando por un manuscrito del siglo XVI donde se contenía la autobiografía de Gerónimo de Pasamonte (de tanta importancia para la futura elaboración de hipótesis sobre la autoría del falso *Quijote* de Avellaneda). Puede uno imaginarse la emoción que embargaba al erudito en ciernes cuando iba realizando estos hallazgos, algunos de ellos tan apasionantes como los que le esperan en la Biblioteca Nacional de Nápoles: esos códices autógrafos de Santo Tomás de Aquino, que le admiran por su escritura “casi taquigráfica”, de lo que deduce que su pluma debía seguir “con rapidez inusitada los vuelos de su alto pensamiento”, o esa carta desconocida de Garcilaso de la Vega, —tal vez la última que escribió (el 15 de julio de 1536), dirigida desde Provenza al Cardenal Seripando—, que el joven Marcelino copia con fervor y donde se “manifiesta bien el decaimiento de ánimo que en los dos últimos años de su vida aquejaba” al poeta.²⁰

Ni que decir tiene que, además de copiar y anotar textos y documentos, Menéndez Pelayo se procuró también durante esos viajes adquisiciones importantísimas para su biblioteca privada, que con el tiempo llegaría a tener más de 40.000 volúmenes (entre los que había verdaderas joyas bibliográficas —manuscritos, códices, incunables— y que le permitía tener a mano —y de primera mano— buena parte de los materiales necesarios para sus amplias investigaciones humanísticas). Como es bien sabido, su biblioteca era la única de sus “obras” de la que decía sentirse medianamente satisfecho; en frase no menos conocida afirmaba de él su hermano Enrique que “amaba a Dios sobre todas las cosas y al libro como a sí mismo”²¹, y el joven Marcelino llegó a expresar ese amor líricamente en una larga Epístola de corte horaciano dirigida a sus amigos santanderinos que le habían regalado los volúmenes de la *Bibliotheca graeca* de Fermin Didot.²² Ciertamente, la pasión primeriza que abrigaban los humanistas del Renacimiento por los a la sazón tempranos frutos de la imprenta se reproduce en Menéndez Pelayo con idéntica fuerza y se plasma en una bibliofilia que, como crítico, le sensibilizó sobre ciertos aspectos de transmisión cultural, a menudo desatendidos por otros estudiosos. En efecto, como los antiguos humanistas del Renacimiento, sus conocimientos de erudito bibiófilo le hacían muy consciente de algunos albuces en los que no reparaban los críticos al uso: la inmensa suerte, por ejemplo, de haberse

²⁰ Véase ed. cit. nota anterior, pp. 330 y 331.

²¹ Enrique Menéndez Pelayo, *Memorias de uno a quien no sucedió nada*, Ediciones de Librería Estudio, Santander, 1983, p. 132. En el mismo lugar dice su hermano: “Yo creo que en cuanto poseyó un catecismo del Padre Astete, dos libros de cuentos infantiles y tres pliegos de aleluyas echó los cimientos a su librería”.

²² Véase el tono por este fragmento: “¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro. / ¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen / volúmenes sin cuento: ¡qué delicia! / es recorrer sus animadas hojas!”.

conservado en un solo ejemplar alguna obra importante del pasado, o la desgracia de haberse transmitido en versiones corrompidas o defectuosas o de haber desaparecido irremediamente por la incuria del tiempo o de los hombres.²³ ¿Cómo no dolerse de pérdidas tan irreparables como la de ese manuscrito colombino donde se narraban "las ocurrencias de sus tres primeros viajes"²⁴, o ese libro latino de Rodrigo Caro sobre los dioses que se veneraban en la España pre-romana, que podía haber echado "los cimientos de la Mitología ibérica"²⁵? Pero don Marcelino alertaba asimismo, como hacían los filólogos del humanismo clásico, sobre las tareas urgentes de publicación de algunos textos todavía inéditos o que carecían de ediciones correctas, accesibles y modernas, como sucedía con obras tan interesantes como la *Miscelánea* de Luis Zapata, *Los cigarrales de Toledo* de Tirso de Molina, la *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo, etc.

Por otro lado, Menéndez Pelayo emuló a los humanistas del Renacimiento con estudios, ediciones y traducciones que manifestaban su devoción por los grandes padres del humanismo latino (Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca), pero también por sus antepasados griegos, comenzando por Platón, sobre quien escribió bellísimas páginas y de quien destacaba su omnímoda influencia, no sólo en filiaciones muy reconocidas (como la de sus admiradísimos neoplatónicos peninsulares, con León Hebreo a la cabeza), sino también subrayando lo que del autor de los *Diálogos* había en el propio Aristóteles, su discípulo, pero igualmente en el aristotélico Santo Tomás de Aquino y, por supuesto, en el gran escolasticismo español del siglo XVI. Platón suponía para Menéndez Pelayo, como para los humanistas del Renacimiento, el gran filósofo movilizador del espíritu, y, contra la tendencia hegemónica de su época, el erudito cántabro atesoraba ese platonismo patrimonial del viejo humanismo que le hacía contarse entre los que "creemos en alguna metafísica, y afirmamos la existencia de algo superior a lo fenomenal, relativo y transitorio" (EyD, VI, 343). Contra los nihilismos, materialismos y positivimos

²³ A lo largo de su obra como historiador de la literatura clásica española no escasean las descripciones bibliófilas de libros incunables o de raras ediciones de las obras literarias que comenta ni tampoco las referencias al número o escasez de ejemplares o manuscritos que han permanecido. Así, por citar sólo una par de ejemplos, dice del *Siervo libre de amor* de Rodríguez del Padrón que "es lástima que libro tan peregrino haya llegado a nuestros días en una sola e incorrectísima copia..." ON, II, 13) y del breve *Discurso poético* de Jáuregui afirma que es tan valioso y difícil de conseguir (sólo conoce dos ejemplares que lo han transmitido hasta nuestros días) que lo transcribirá casi por entero: "voy a salvarle casi íntegro", dice a la manera de un humanista del siglo XV (HIEE, II, 335).

²⁴ EyD, VII, 76-77.

²⁵ EyD, II, 162.

de su tiempo, Menéndez Pelayo lamentaba, en efecto, el “engaño o espejismo de los que quieren y creen vivir sin metafísica” (HHE, VII, 1), aunque no para montar sobre la metafísica ninguna suerte de especulación o sistema, sino para asegurarle el horizonte debido al pensamiento de la trascendencia, o simplemente al pensamiento: “sin metafísica no se piensa, ni siquiera para negar la metafísica” (ECF, 215–216).

En último término, podemos decir que la postura *filosófica* de Menéndez Pelayo no tiene correlato alguno en la filosofía de su tiempo, sino que es punto por punto la del viejo humanismo. Como Cicerón, Petrarca o Erasmo, decía que, si algo tenía de filósofo, era “en el sentido etimológico de la palabra” (ECF, 119), esto es, en tanto que amante de la sabiduría, y, al igual que esos viejos humanistas, no se interesó ni poco ni mucho por los aspectos especulativos de la filosofía. Su rechazo a las vanas complicaciones teóricas del academicismo filosófico *profesional* se fundamentaba en su adhesión al “hecho del conocimiento *directo*, sin más términos que el sujeto y el objeto, modificándose el sujeto a tenor de la impresión recibida del objeto y constituyendo esta modificación el conocimiento”, y rechazando, por tanto, cualquier “suposición de un *tertium quid* que se atraviesa entre los dos términos del conocimiento”, sea este una representación (material o ideal) del objeto o del sujeto (CE, II, 258).²⁶ En cuanto a su método cognoscitivo, era asimismo el de los viejos humanistas y comenzaba por “proclamar la *docta ignorantia* y el *ars nesciendi* como uno de los principios fundamentales” (CE, II, 259). Con estos presupuestos no nos extraña que el emplazamiento filosófico del joven Marcelino se hiciera bajo los patrones y referentes humanísticos del siglo XVI: consideraba que su filosofía personal no era otra que “el criticismo vivista”, que había conciliado desde el cristianismo la doctrina platónica y el pensamiento aristotélico–tomista, aunque sin los estigmas averroístas o las esclerotizaciones escolásticas o neo–escolásticas (CE, I, 304).

La agria polémica del joven Marcelino con los neo–escolásticos tuvo, de hecho, el aroma de un combate de otros tiempos, en el que Menéndez Pelayo hacía las veces del Luis Vives de *Las disciplinas* y sus adversarios le recriminaban con los mismos argumentos de los teólogos dogmáticos del Renacimiento, levantando entre todos ellos una escenografía polémica muy reconocible. Para constatarlo no hay más que recordar la larguísima réplica del Padre Joaquín Fonseca en septiembre de 1882 a una carta anterior de don Marcelino, que se titula “Contestación de un tomista a un filósofo del Renacimiento” (CE, II,157–239), donde el teólogo neoescolástico, desde el ortodoxo punto de

²⁶ Esta taxativa y esclarecedora declaración se produce en el curso de su polémica con el padre Fonseca, y es una crítica al escolasticismo, pero también a los modernos postkantismos.

vista del tomismo, es decir, de “la filosofía cristiana informada por la fe”, le hace sus reproches al erudito secular, cuyo pensamiento —dice en un tono denigratorio— estaba “dominado por preocupaciones humanísticas”, (p. 172).²⁷ Indirectamente, aun reconociendo la fe religiosa de su adversario, el Padre Fonseca lamentaría su sensibilidad *pagana*, una acusación de la que fue objeto Menéndez Pelayo repetidas veces por los teólogos dogmáticos de su tiempo y a la que él respondía como un nuevo Leonardo Bruni (que dio en esto la pauta a los humanistas del Renacimiento) apelando a la Homilía de San Basilio a los jóvenes sobre los autores griegos.²⁸

Pero Menéndez Pelayo no sólo rivalizaba con los viejos enemigos a los que se habían enfrentado sus antepasados humanistas, sino que hizo lo propio con los nuevos —los krausistas—, mucho más difíciles de detectar como enemigos y, aunque en apariencia ideológicamente opuestos a los escolásticos, iguales a ellos en muchos aspectos, como bien advirtió el erudito cántabro: en su sectarismo, en su arrogancia, en su falta de sensibilidad estética y en su confusión de ámbitos entre la moral y el arte. De hecho, Menéndez Pelayo canalizó en repetidas ocasiones sus ataques al krausismo con las mismas palabras y argumentos que los viejos humanistas habían empleado contra los escolasticismos de su tiempo: si Petrarca censuraba la “*dyalecticorum garrulitas*” de los neor aristotélicos a los que se enfrentaba en su tratado *Sobre la ignorancia*, Menéndez Pelayo se refería a los krausistas como a “gárrulos sofistas” (EyD, V, 134); si Luis Vives ridiculizaba esas “*quidificatio, ecceitas, quiditative* y otras exquisiteces por el estilo” que constituían la horrible y artificiosa jerga escolástica (*Disciplinas*, I, III, 7), don Marcelino se burlaba de la “seidad”, “la omneidad”, la “totoidad” y parecidos barbarismos de los krausistas españoles (HHE, VI, 381–2). Y, en definitiva: “Bien puede decirse de los krausistas lo que de los averroístas dijo Luis Vives: ‘Llenó Dios el mundo de luz y de flores y de hermosura, y estos bárbaros lo han llenado de cruces y de potros, para descoyuntar el entendimiento humano’” (HHE, VI, 385).

El krausismo —doctrina derivada del filósofo alemán Friedrich Krause, importada en España con éxito momentáneo por Julián Sanz del Río²⁹— fue la verdadera

²⁷ El neoescolástico Padre Fonseca, a pesar de reconocer el sincero catolicismo de Menéndez Pelayo, afirmaba que no acababan de gustarle del erudito cántabro “esos alardes prematuros de autonomía científica, esa marcada independencia en la dirección de sus estudios filosóficos, llevada hasta la exageración más peligrosa” (CE, II, 127).

²⁸ Véase *Biblioteca Clásica*, T. XIX, *Poetas Bucólicos Griegos*, pp. 4 y ss.

²⁹ Las descalificaciones de don Marcelino sobre Sanz del Río —de quien aseguraba, por cierto, que peor que él “no cabe en lo humano escribir” (HHE, VI, 386)— son contundentes. Valga sólo una muestra: “hombre de ninguna libertad de espíritu y de entendimiento estrecho y confuso, en quien cabían muy pocas ideas, adhiriéndose estas pocas con tenacidad de clavos” (HHE, VI, 369).

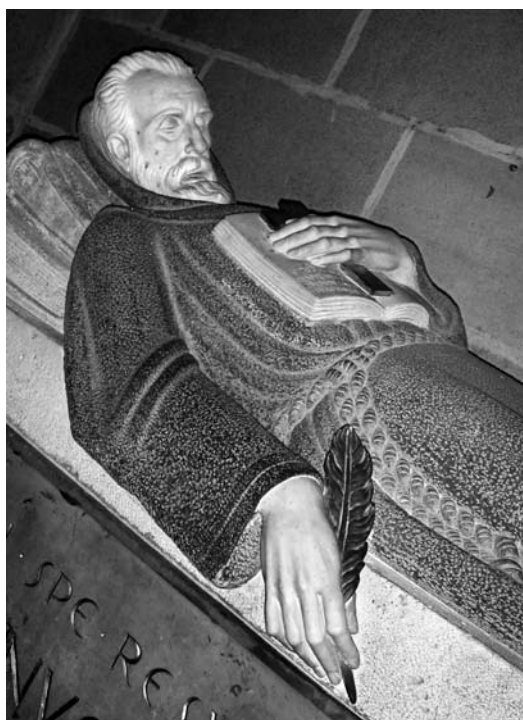
bestia negra intelectual de Menéndez Pelayo y lo cierto es que, dejando al margen posibles causas biográficas y personales³⁰, e incluso obviando las aristas más hirientes del krausismo español para el erudito cántabro (como su anticatolicismo militante o la negación sistemática sobre el valor del pasado histórico y cultural de España), sobran razones de corte ideológico para considerar a los krausistas como sus más verdaderos y enconados adversarios, porque lo eran asimismo de la tradición en la que don Marcelino se insertaba. En efecto, los finos sensores humanísticos del erudito cántabro supieron ver el peligro que para el viejo humanismo que él defendía suponía la causa krausista. Tal vez en la actualidad no seamos capaces de advertir con claridad ese peligro porque el krausismo es hoy sobre todo para nosotros un ideal pedagógico y formativo de carácter liberal, vinculado por añadidura a la Institución Libre de Enseñanza creada por Francisco Giner de los Ríos, que influyó en tantos nombres ilustres de la cultura española en el pasado siglo. Pero en los tiempos de Menéndez Pelayo el krausismo era sobre todo una ideología dogmática, tan cerrada como difusa, que acabó representando en nuestro país lo más sectario y autocomplaciente del ideario progresista, mezclada con una suerte de “panteísmo místico y humanitario” (HIEE, IV, 268). Este último calificativo de “humanitario” —sobre el que Menéndez Pelayo acostumbraba a verter sus ironías y al que solía adornar de connotaciones peyorativas que tenían que ver con la inconsciencia, la vaguedad, la demagogia o la hipocresía³¹— define muy bien ideológicamente la filiación post-ilustrada y roussoniana del krausismo, que no derivaba como el humanismo de la lenta *sabiduría* clásica y renacentista, sino de una prefabricada *ideología* humanitarista³², que se acompañaba de un emocionalismo pedagógico y moral que nada tenía que ver con la la *paideia* humanista clásica.³³

³⁰ Singularmente, sus fricciones de estudiante con el carácter y los métodos del krausista Nicolás Salmerón, su profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid. Téngase en cuenta, por otro lado, que el krausismo se estaba instalando en los medios universitarios como doctrina oficial, protegida por las autoridades ministeriales.

³¹ Véase, por ejemplo, HIEE, III, 396; IV, 359; V, 366, 373...

³² En este sentido decía Menéndez Pelayo en una carta a Juan Valera: “Yo no detesto a los krausistas por librepensadores, puesto que hay muchos pensadores libres que, por la grandeza de su esfuerzo inelectual, me son simpáticos. Los detesto porque no pensaron libremente y porque todos ellos, y especialmente Giner, son unos pedagogos insufribles” (2 de septiembre de 1886). Y en las páginas que les dedica en la HHE dice: “Todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior”.

³³ Para estas diferencias entre humanismo y humanitarismo remito a mi libro *Sobre el viejo humanismo. Exposición y defensa de una tradición*, Madrid, Marcial Pons, 2010, especialmente cap. 8.



Sepulcro de Menéndez Pelayo, obra de Victorio Macho, en la catedral de Santander.

El curso sinuoso de una fama póstuma

Como decíamos antes, creo que es necesario tener bien presente esta adscripción inequívoca de Menéndez Pelayo a la vieja tradición cultural del humanismo (que demasiado a menudo se ha tomado equivocadamente como adscripción política o ideológica del autor) para explicarnos no sólo la naturaleza de su labor crítica —de lo que hablaremos después—, sino también algunos aspectos de la recepción de una obra construida fuera de las modas estéticas y de las adhesiones fáciles al galope de los tiempos. Aunque esto sólo explique en parte el sinuoso curso de la fama póstuma de Menéndez Pelayo, que asimismo no se debe sólo al designio polémico de la parte inicial de su producción, sino que también es producto de algunos factores ajenos por completo a la responsabilidad y a los propósitos de don Marcelino: tanto los naturales efectos socio-psicológicos que suscita una obra de tal envergadura (envidias personales, conflictos generacionales, etc.) como los desgraciados avatares de radicalización ideológica e impulso fratricida que convulsionaron históricamente la última centuria del pasado siglo en nuestro país.

Digamos, para empezar, que el general aplauso y reconocimiento que se le tributó a Menéndez Pelayo con su precoz y espectacular aparición en la cultura española al iniciarse el último cuarto del siglo XIX provocó en los intelectuales punteros de las generaciones siguientes el comprensible espíritu de rebeldía frente al "padre". Así ocurrió con los miembros de la llamada generación del 98, si exceptuamos tal vez a Azorín, que fue, sin duda de todos ellos el que mejor conoció y apreció el trabajo del erudito cántabro, del que admiraba la envergadura de su labor, su "vasto entendimiento", su "admirable" prosa y su finísima "sensibilidad" crítica.³⁴ Pero el resto de su generación, en lo que podemos denominar "el núcleo duro" en sus años juveniles (Baroja, Maeztu, Unamuno), aunque no podían por menos que reconocerle sus cualidades como erudito —sin parangón en la España de su tiempo—, eran críticos y por demás reticentes sobre la dirección de su labor y su proyección hacia el futuro. Unamuno, que había sido alumno suyo en la Universidad de Madrid y que guardó hacia él toda su vida un ambiguo sentimiento de gratitud y rechazo, prodigaba —a menudo en su correspondencia privada— gruesas descalificaciones sobre sus supuestas incapacidades o limitaciones³⁵; Baroja afirmaba en 1903 que su inmenso trabajo había sido hecho "con un criterio de ultramontano, lleno de prejuicios"³⁶; y, en fin, Maeztu se había apresurado a conceptuar al ilustre polígrafo como "triste coleccionador de muertas naderías". Valoración precipitada, aunque sólo fuera por la circunstancia de no haberlo leído, como reconocería mucho tiempo después el propio Maeztu, ya convertido en uno de sus mayores apologistas, hasta el extremo de considerarlo, llevando a cabo una lectura eminentemente ideológica de su obra, un "maestro libertador" de la patria y "el hombre que devolvió a los intelectuales españoles el respeto de España".³⁷

Pero el caso de Unamuno es de todos ellos el más revelador para reflexionar sobre el efecto catalizador que en un sentido u otro producía la figura de Menéndez Pelayo en las cabezas más destacadas de las generaciones

³⁴ Véase, por ejemplo, el balance que hizo del polígrafo santanderino en el centenario de su nacimiento: "En torno a Menéndez Pelayo", en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 113–117. Su admiración era desde siempre y tenía un componente personal que lo llevó a visitarlo en sus dos domicilios madrileños: el Hotel de las Cuatro Naciones y sus aposentos del edificio de la Real Academia de la Historia.

³⁵ Véase para todo esto el artículo de Laureano Robles, "Don Marcelino, visto por Unamuno", en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 45 (1–2008), Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 91–130.

³⁶ *Apud* Joaquín Iriarte, *Menéndez Pelayo y la filosofía española*, Madrid, Razón y Fe, 1947, p. 321.

³⁷ En un artículo titulado "Menéndez Pelayo", escrito para *La Prensa* de Buenos Aires (10–VII–1932). Véase también *op. cit.* nota anterior, pp. 309–311.

siguientes. Es obvio que el inmenso ego unamuniano liberó excrecencias patológicas en su contacto con el gigante de la generación anterior: de otro modo no se explica la muy fea índole de los dicterios privados del catedrático vasco contra don Marcelino, tan mordaces e inmisericordes³⁸ como eminentemente injustos, además de contradictorios con otras expresiones en las que don Miguel lo considera admirativamente como su “verdadero maestro” o como “el español contemporáneo de quien he aprendido más”³⁹. Pero las reacciones de Unamuno hacia Menéndez Pelayo no pueden medirse sólo desde el prisma psicológico de amor-odio al padre simbólico; lo cierto es que entre ambos también existía una diferencia palmaria de temperamento y de visión del mundo. Así, el subjetivismo crítico y el afán de originalidad de Unamuno —que encontraba, por ejemplo, muy estimulante el espíritu curioso y saltarín de la Pardo Bazán, que tanto sacaba de quicio al polígrafo cántabro— estaban ciertamente en las antípodas de la ponderación crítica y la erudición humanística de éste. Reflejo y síntoma de tal discrepancia fue el silencioso enfrentamiento entre ambos que tuvo lugar como consecuencia del tercer centenario de la publicación del *Quijote* en 1905. En su Discurso “Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*” Menéndez Pelayo se refería con sumo desagrado a la opinión de “algunos singulares cervantistas de última hora” que declaran a Cervantes “incapaz de comprender toda la trascendencia y valor de su obra, tratándole poco menos que como un idota de genio que aceró por casualidad en un solo momento de su vida” (EyD, I, 337). Sin nombrarlo de modo expeso, no cabe duda de que don Marcelino lanzaba una puya a su antiguo alumno que acababa de referirse en su *Vida de Don Quijote y Sancho* a la genial “inconsciencia” de Cervantes, tomando provocadoramente el texto del alcalaíno como un mero pretexto para levantar sus propias elucubraciones.⁴⁰

Pero entre el vasco y el santanderino había, además de todo lo dicho, un cambio histórico generacional en lo relativo a la actitud y el punto de vista. A la generación de Menéndez Pelayo, de Ramón y Cajal, de Julián Ribera, constituida por estudiosos que discreta y laboriosamente trabajaban en sus respectivos ámbitos por un nuevo y firme suelo en la cultura española, había

³⁸ Véase el artículo de Laureano Robles citado arriba.

³⁹ En su artículo “Sobre la tumba de Cristo” para la revista *Nuestro tiempo*, Febrero de 1911).

⁴⁰ Así lo confesaba sin ambages el propio Unamuno, cuando afirmaba traerle “completamente sin cuidado lo que quiso decir Cervantes, que era un pobre diablo, muy inferior a su obra (...) El texto cervantino no es sino un pretexto para que sobre él levante yo mis propias elucubraciones” (en una carta a su amigo Pedro de Múgica, citada por Colette y Jean-Claude Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Taurus, 2009, p. 241).

sucedido hacia el fin de siglo otra generación de orden distinto, rebelde y provocadora, con un claro afán de intervención pública y de novedad radical. Algunos de estos rasgos eran compartidos por los jóvenes bohemios y modernistas que conformaban la vida literaria de principios de siglo y que tampoco conectaban con la obra y la imagen de don Marcelino. En *La novela de un literato*, descripción memorialística de Cansinos Assens que registra muy claramente la vida de la juventud literaria en el primer tercio del siglo XX, Menéndez Pelayo no pasa de ser el erudito por antonomasia de las letras españolas, pero se le concibe ya como un dinosaurio de saber inútil y anacrónico. Incluso aquellos jóvenes de la época que mental o ideológicamente estaban más predispuestos a la obra del polígrafo santanderino, compartían esa preferencia con otros estímulos muy potentes —y muy distintos—, que se extendieron por toda Europa durante el período de entreguerras. Dionisio Ridruejo, al recordar esos años, decía que los jóvenes de su generación “estábamos pendulando entre los manifiestos futuristas de Marinetti, la visión de *El acorazado Potemkin* y la lectura de Menéndez Pelayo”.⁴¹ Esta lectura tenía ya, en efecto, competidores muy fuertes, todos alejados en presupuestos y sensibilidad a la obra menéndezpelayesca, que tampoco parecía tener eco en la nueva gran figura emergente de la intelectualidad española: don José Ortega y Gasset.

El absoluto desprecio de Ortega y Gasset por Menéndez Pelayo —que se avenía sin duda con el escaso aprecio que le merecían los humanistas clásicos, a quienes no consideraba como los verdaderos representantes del nervio vital y revolucionario del Renacimiento— no es un suceso baladí en la cultura española del siglo XX. Era un suceso previsible, aunque no perentorio. Conviene recordar que otro pensador de calibre en la generación de Ortega, Eugenio d’Ors, conoció y admiró profundamente al erudito cántabro y lo consideraba una síntesis ejemplar y meritoria de hispanismo y europeísmo, de tradición y universalidad;⁴² pero el madrileño, dando en esto la pauta con su poder de influencia a otros intelectuales, no fue capaz de ver en la obra de Menéndez Pelayo más que tradicionalismo cerrado, casticismo y superficial. Es más: el giro radical que Ortega quiso dar al pensamiento español pasaba por expedir el certificado de defunción del erudito cántabro, símbolo de reflexiones sin vida y sin futuro.⁴³ Por las cartas del joven Ortega desde Alemania, donde estaba formándose, sabemos su opinión de Menéndez

⁴¹ *Casi unas Memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 156.

⁴² Para todo esto, véase *Estilos del pensar*, Madrid, EPESA, 1945, pp. 11–53.

⁴³ Para la relación de Ortega con Menéndez Pelayo, véase el artículo “Ortega y Menéndez Pelayo” de Francisco Pérez Gutiérrez, en *Historia de las ideas estéticas en España. Estudios*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 231–250.

Pelayo en los primeros años del siglo: por decirlo brevemente, lo consideraba un fruto característico de la época mediocre de la Restauración que lo vio florecer y, con toda la insolencia de la juventud⁴⁴, lo tomaba como un rancio erudito sin mayor trascendencia, del cual no salía —son sus palabras— “una gota de cultura” (carta a su padre el 12 de diciembre de 1906). La opinión de Ortega sobre el polígrafo santanderino no varió en lo esencial a lo largo del tiempo y alternó la desafección —no exenta de malas artes⁴⁵— hacia su figura con la relegación al ostracismo dentro de la cultura española. Algún crítico, de hecho, ha considerado a Ortega y Gasset como el principal responsable del la “conspiración de silencio” que recayó sobre la figura de don Marcelino después de su muerte.⁴⁶

Pero hay otra razón concomitante con esta para la mencionada “conspiración” y, por decirlo más claramente, para explicar el oscurecimiento y la denigración de la obra y la figura de Menéndez Pelayo: el creciente influjo en la sociedad española de un viejo enemigo, como ya sabemos, del erudito cántabro, el krausismo, cuyo predicamento en las primeras décadas del siglo XX fue extraordinario. Este influjo llegó a su apogeo con la Segunda República y en buena medida fue aprovechado para llevar a cabo un ajuste de cuentas con don Marcelino, lo que, por otro lado, parecía ser una constante del republicanismo español. Cabe recordar en este sentido que don Emilio Castelar, simpatizante de los krausistas y presidente efímero de la Primera República, aun reconociendo el ingente trabajo del erudito cántabro, había criticado expresa y públicamente a Menéndez Pelayo, de quien decía en 1884 que propendía “al más ciego ultramontanismo” y resumía así la índole de su obra: “Todo en ella está muerto, el espíritu y el estilo”.⁴⁷ Esta opinión, proclamada desde el espíritu

⁴⁴ Esa que le hace escribirle a su novia una carta en la que, como al paso, le dice: “Ve viendo, nena, cómo las dos únicas personas —acaso tres con Maeztu— inteligentes que hay en España, a saber Unamuno y yo, estamos solos siempre en nuestras opiniones frente al rebaño...” (25 de noviembre de 1906).

⁴⁵ Un ejemplo lo tenemos en lo que escribió el pensador madrileño en el apartado “La crítica como patriotismo” de sus *Meditaciones del Quijote* (1914), donde afirmaba burlescamente que Menéndez Pelayo “pretendió resumir a Cervantes diciendo que su característica era... el buen sentido”. Menéndez Pelayo nunca dijo tal cosa: lo único que dijo fue que “las ideas científicas de Cervantes, si es que tal nombre merecen, casi nunca traspasan los límites del buen sentido” (HIEE, II, 265), o bien que “todas las obras de Cervantes, aun las más débiles bajo otros respectos, prueban una cultura muy sólida y un admirable buen sentido” (EyD, I, 337). La manipulación de Ortega, como puede verse, es clamorosa.

⁴⁶ Manuel Revuelta Sañudo, “Menéndez Pelayo, mito y realidad”, en *Menéndez Pelayo. Setenta y cinco aniversario*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 113–135. Cita en p. 127.

⁴⁷ En *Examen crítico de la obra de Menéndez Pelayo*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, p. 48 y 50.

tolerante y progresista de los “tiempos modernos”, compareció con igual o mayor fuerza en el advenimiento de la Segunda República y tuvo incluso tintes expresos de revancha histórica frente al difunto don Marcelino. Así se desprende, por ejemplo, del discurso que el 8 de octubre de 1931 pronunció en las Cortes el nuevo Ministro de Justicia, Fernando de los Ríos (sobrino de la máxima figura del krausismo español: don Francisco Giner de los Ríos); el Ministro afirmaba que los nuevos dirigentes del Estado “llegamos a esta hora, profunda para la historia española, nosotros, los heterodoxos españoles, con el alma lacerada y llena de desgarrones y cicatrices profundas”, declarándose como “hijos espirituales de aquellos cuya conciencia disidente individual fue estrangulada durante siglos”, lo que era obviamente una respuesta directa y militante a la tesis menéndezpelayesca que afirmaba que la esencia de España estaba en la ortodoxia y el catolicismo. En idéntica línea el Presidente de ese mismo Gobierno, don Manuel Azaña, también en la órbita del pensamiento krausista, proclamaba abiertamente desde su laicismo militante que “España ha dejado de ser católica”. ¿Cómo no pensar que esta declaración era un ataque frontal a quien había proclamado con mayor solvencia que ningún otro la radical catolicidad de la cultura española?

Y, sin embargo, para cualquier intelectual maduro y verdadero, aunque no fuera precisamente conservador, era difícil de negar toda valía a la ingente labor menéndezpelayesca, una vez agotadas las habituales censuras de carácter ideológico. En 1930 el propio Azaña había hecho esta ambigua valoración: “Poseía Menéndez y Pelayo una sensibilidad bastante aguda para retraer a su imaginación de artista y a su conciencia de español el ser de los siglos esquilados. Refuerzan su temperamento los estudios históricos. Se desposa con no pocos entes y repudia otros, en fuerza de prestarles plasticidad y una segunda vida actual, sacándolos del limbo de una España, eterna en sus rasgos genuinos, cuyo fondo en el tiempo de la historia parece insondable”.⁴⁸ El carácter enormemente críptico de este fragmento —muy a tono con algunos aspectos de la psicología de su autor— parece el resultado de reflejar la tensión que supone la imposibilidad de negar todo mérito a quien, sin embargo, no podía defender abiertamente desde ciertas posiciones marcadamente políticas. Sea como fuere, no todos los intelectuales republicanos, ni mucho menos, fueron antimenedezpelayistas. Los nombres de Gregorio Marañón, José Bergamín o Luis Araquistáin, entre otros muchos, atestiguan cómo desde el liberalismo, desde el comunismo heterodoxo o desde el socialismo independiente se podía admirar sin ambages la obra de don Marcelino. La defensa, precisamente, que hizo de su figura el socialista Luis Araquistáin,

⁴⁸ *La invención del Quijote y otros ensayos*, Madrid, Asociación de Libreros de Lance, 2005, p. 207.

que en 1933, siendo embajador en Alemania, pronunció en la Universidad de Berlín una célebre conferencia en la que homenajeó explícitamente la figura de Menéndez Pelayo, considerándolo "uno de los intelectuales más libres y comprensivos que ha producido España" y una figura clave para la renovación de la cultura nacional, es suficientemente explicativa de que, aunque muchas posturas respecto al erudito cántabro eran previsible por razones ideológicas, esto no se podía generalizar para todos los casos.

Pero no cabe ocultar la ideologización que, sobre todo en tiempos tan radicalizados como los años 30, propiciaba una figura como Menéndez Pelayo. Parecía, pues, natural que Luis Cernuda mostrara su desafección en uno de sus poemas, denominándolo "el montañés, henchido por sus dogmas"⁴⁹ y que, por otra parte, su paisano Gerardo Diego le rindiera un sentido homenaje en un poema titulado "Don Marcelino"⁵⁰. Pero todavía era más previsible la sobredeterminación ideológica que iba a producirse tras la victoria franquista, que propició una inmediata instrumentalización política de la obra menéndezpelayesca, llevada a cabo por dos vías principales: por un lado, mediante la focalización del interés general hacia sus trabajos polémicos de juventud, privilegiando al autor de *La Ciencia española* y los *Heterodoxos* por encima del filólogo, el exégeta y el crítico e historiador de la literatura y de la Estética; y por otro lado, editando una serie antologías (Jorge Vigón, Pérez Embid, Vila Selma, etc.) muy escoradas ideológicamente, que espigaban dentro de la obra del santanderino los tonos, los temas y las preocupaciones con un propósito sectario. A pesar de las lecturas más legítimas y ajustadas que hicieron de su obra algunos intelectuales falangistas de relieve como Antonio Tovar, José María de Cossío, Pedro Laín Entralgo o Pedro Sainz Rodríguez, este encumbramiento "oficial" del franquismo (cuyo colofón se produjo en 1956, centenario de su nacimiento) se basó en groseras y laudatorias simplificaciones y ha resultado al cabo una losa tan pesada para la figura del erudito cántabro que la plena exhumación rehabilitadora de su memoria no parece haberse producido todavía. Ya anticipaba en su día este resultado el propio Pedro Sainz Rodríguez, que, tras romper con el régimen de Franco, asumió dolidamente su responsabilidad como temprano Ministro de Educación en esa entronización apologética de Menéndez Pelayo que, como él mismo confiesa "le causó el perjuicio de que mucha gente empezó a combatirle sin conocerle, simplemente porque le habían elevado a la categoría de banderín de un movimiento político contrario".⁵¹

⁴⁹ El poema titulado "Góngora" de su libro *Como quien espera el alba*.

⁵⁰ De su libro *Mi Santander, mi cuna, mi palabra*.

⁵¹ *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 263. El propio Sainz Rodríguez amplió su palinodia en otro trabajo, al tratar de la escasa fortuna que había tenido la obra de Menéndez Pelayo en el ámbito internacional, lamentando que en la historiografía

Sea como fuere, lo cierto es que el camino seguido por la fama de Menéndez Pelayo establece, en último termino, un sinuoso recorrido que, con sus altos y sus bajos, sus adhesiones y sus rechazos, va desde la absoluta prominencia inicial a la casi absoluta postergación de nuestros días, donde la difuminación de su nombre y de su obra no parece ser debida, como sucedía hace algunas décadas, a la mala fe o la relegación consciente por razones ideológicas, sino a la inercia de un proceso que tiene más que ver con la ignorancia de las gentes y la incuria de los tiempos (tan alejados de las formas y los intereses que el modelo humanístico del erudito cántabro representa). No deja, sin embargo, de causar asombro la evaporación silenciosa de Menéndez Pelayo en el panorama crítico y filológico español, su clamorosa ausencia en los trabajos críticos y en las aulas universitarias, siendo como es el máximo referente histórico de la crítica y de la historia de la literatura y de la Estética en España. Algo se hablará en las páginas que siguen del cariz de esta injusticia y claramente se demostrará nuestra voluntad de conjurarla, aunque nuestro propósito está lejos de la santificación intelectual o de la atribución de patentes de infalibilidad al erudito cántabro. Dada su ingente y polifacética labor, tendremos de hecho muchas oportunidades para disentir con él, aunque muchísimas más, si somos honestos, para la admiración y para el acuerdo. Como decía Enrique Moreno Báez: "Fácil es rebatirle en un punto concreto; imposible igualarle en la extensión de sus conocimientos, en su capacidad de síntesis, en la rapidez con que descubre los rasgos más característicos de cada obra".⁵² Con esta convicción —y, teniendo en cuenta que el presente trabajo no es otra cosa que un explícito homenaje de gratitud al maestro y un declarado intento de recordar sus méritos—, creo que no es inoportuno continuar exponiendo, desde la perspectiva que hemos obtenido un siglo después de su desaparición, algunas posibles deficiencias o limitaciones de su obra crítica, aunque sólo sea para afianzar la veracidad y la objetividad de nuestra ponderación final sobre su ejemplar figura y la extraordinaria valía de su trabajo.

moderna de la estética y de la crítica no estuviera en el lugar que merecía junto a los grandes figuras europeas del XIX, y añadía: "la culpa acaso sea nuestra por no haber dedicado a Menéndez Pelayo monografías modernas sobre el aspecto literario de su personalidad" (en su trabajo de 1956 "Menéndez Pelayo, historiador y crítico literario", recogido en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, 1984, p. 170, nota). Hay que decir que la situación en este sentido no mejoró posteriormente y buena muestra de ello son las penosas líneas que le dedicó René Wellek en su célebre *Historia de la crítica moderna*, calificándolo de mero importador de ideas europeas a España, "sin ninguna clase de comentario u opinión claramente manifiesta", increíble juicio que sólo se explica porque, aunque parezca mentira, el crítico austríaco hablaba de oídas, tal como se infiere de la coetilla que preside estas opiniones: "Por lo que yo sé de Menéndez Pelayo..." (*Historia de la crítica moderna (1750–1950)*. Vol VII. *Crítica francesa, italiana y española (1900–1950)*, Madrid, Gredos, 1996, p. 411).

⁵² *Nosotros y nuestros clásicos*, Madrid, Gredos, 1961, p. 92.

Distanciamientos y discrepancias

Habría que recordar, antes que nada, que Menéndez Pelayo fue el primero en señalar algunos defectos de su propia obra; bien conocidas son sus llamadas "palinodias" desde un célebre libro de Dámaso Alonso⁵³ que examinaba su autocrítica en diversos ámbitos: en sus antipatías juveniles por la cultura germánica (considerada como bárbara en contraste con la latina), en su inicial desinterés o minusvaloración de la poesía popular, o en la inflexible dureza de sus juicios primerizos sobre Calderón, que él mismo achacó a "petulancia juvenil" (EyD, III, 14). Muchas veces, en efecto, el maduro erudito atribuía a los pocos años las deficiencias de sus primeras obras, y no tanto o no sólo en el contenido, sino sobre todo en el tono y en la forma, al referirse, por ejemplo a la "acrimonia e intemperancia de expresión" o a la condición "oratoria y enfática" de su prosa temprana. Aunque también reconocía deficiencias en algunos trabajos de su incipiente madurez, como esos "defectos de composición" de los que a su juicio adolecía la *Historia de las ideas estéticas en España* (HIEE, V, 163). Pero ninguna de estas autocríticas significaba, como también se encargó de subrayar él mismo, que se arrepintiera de sus obras, desconociera su valor o renunciara a los planteamientos generales de las mismas. Simplemente se trataba de honestidad crítica y de una sabia consciencia de la limitación humana, y también —por qué no— de ese natural aprendizaje por maduración biológica e intelectual que, al final de su amplio recorrido por la historia de la Estética, le hará recordar una vieja sentencia sobre las empresas de largo aliento, para aplicarla a sí mismo: "el que empieza una obra no es más que discípulo del que la acaba" (HIEE, V, 166).

Por su parte, los mismos admiradores de don Marcelino, sabiendo que de él puede esperarse todo, lamentan a veces no hallar en su obra con una intensidad determinada lo que ellos desearían en cada instante: y así algunos echan en falta, como Henríquez Ureña, una mayor especialización en literatura inglesa, otros, como Cossío, que no tuviera una más acusada sensibilidad plástica, y otros, en fin, podrían censurar —yo mismo lo haría en ciertas ocasiones— una atención preponderante a la tradición clásica en detrimento de la bíblica en algunos de sus análisis. Y la propia discrepancia puede aparecer en apreciaciones críticas de detalle: en sus consideraciones sobre la autoría de *La Celestina*, en su opinión de que las *Cartas marruecas* de Cadalso son "pálida imitación de las *Lettres persannes* de Montesquieu" (HIEE, III, 295), en el magro juicio crítico que le merece el *Arte nuevo* de Lope de Vega, en el hecho de declarar a los artículos de costumbres de Estébanez Calderón o Mesonero Romanos superiores en "color" y "estilo" a los de Larra

⁵³ Menéndez Pelayo, *crítico literario (las palinodias de Don Marcelino)*, Madrid, Gredos, 1956.

(EyD, VII, 271), etc. Aunque la razón de la mayoría de las disensiones no es un misterio y sabemos que obedecen casi siempre —más que a errores o fallos de juicio— a hondas (y claramente identificables) adhesiones mentales o sentimentales del maestro. A veces son aspectos biográficos muy personales los que explican algunas de sus preferencias con las que es muy fácil no estar de acuerdo,⁵⁴ pero a menudo nuestras discrepancias remiten a arraigados principios formativos de don Marcelino, que no son los nuestros. Por poner solamente un ejemplo: hoy nos resulta difícil asumir su valoración altísima de Balmes y la clara preferencia que manifiesta por él en relación a Donoso Cortés, el otro gran apologeta católico, cuya obra parece, a nuestros ojos, mucho más viva e interesante que la del pensador de Vich, pero podemos entender esas preferencias tuyas si atendemos a su apego por la tradición española y a la seriedad ortodoxa de su formación filosófica.⁵⁵

No cabe duda de que el prejuicio anti-barroco es la mayor y más conocida limitación crítica de Menéndez Pelayo, derivada también de su educación clásica. Ahora bien, ¿caso la superación de ese prejuicio —que él mismo fue limando en parte con el tiempo⁵⁶— estaba en el horizonte de expectativas de los críticos de su época? Ciertamente no. La cuestión es que Menéndez Pelayo no pudo entender las virtudes ni el significado histórico del Barroco español —es decir, su *trágica necesidad*— ni el hondo entrañamiento espiritual que el pensamiento contrarreformista mantuvo con él, y ello motivó su incompreensión

⁵⁴ Como cuando afirma que *La Puchera* de su íntimo amigo Pereda es “el mejor libro de amena literatura que en estos últimos tiempos se ha escrito en España” o cuando considera que la *República literaria* de Saavedra Fajardo está muy por encima de sus *Empresas políticas* (un juicio que debe achacarse sin duda al vivo e imborrable impacto de lectura que alguna plástica alegoría de la primera de estas obras, como él mismo confiesa, le produjo cuando niño, HIEE, II, 271).

⁵⁵ Menéndez Pelayo admiraba a Balmes porque lo consideraba un autor sobrio y metódico que se mantenía absolutamente dentro de la tradición metafísica española y porque, teniendo una sólida formación tomista, no quiso —como Vives o Fox Morcillo, con quien los compara a veces— encerrarse en ningún sistema y fue independiente y ecléctico en el mejor sentido. En cambio, aunque reconocía la brillantez, la intensidad y el genio sintético de los escritos de Donoso, los consideraba más desiguales y menos sólidos y criticaba, como buen humanista, su anti-racionalismo, así como su falta de formación teológica y las influencias que había recibido del neocatolicismo francés (Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais...).

⁵⁶ Como demostró en su autocrítica de 1910 sobre Calderón. En efecto, ese año, en el Prólogo a un libro de doña Blanca de los Ríos, titulado *Del Siglo de Oro*, reconocía los errores de apreciación de sus trabajos juveniles sobre el dramaturgo madrileño (reunidos bajo el título *Calderón y su teatro*), al haber resaltado los defectos de Calderón y haber minimizado sus virtudes, y concluía afirmando que “el verdadero libro de Calderón no lo he escrito todavía”.

de los valores propia y felizmente barrocos en un Góngora, un Gracián, un Calderón. Podríamos excusar a don Marcelino con palabras de Federico García Lorca, que lo justificaba diciendo que Menéndez Pelayo “no entendió a Góngora, porque en cambio entendió portentosamente a todos los demás”.⁵⁷ Pero también podría afirmarse con un experto gongorista como Alfonso Reyes que el erudito santanderino entendió al poeta cordobés “mucho más de lo que hoy suele reconocérsele”.⁵⁸ Y lo mismo podría decirse respecto a otros aspectos o escritores del período.⁵⁹ Porque el problema, en efecto, no era que Menéndez Pelayo no viera los valores esenciales de los autores barrocos, sino que, de acuerdo con sus principios formativos, las enjuiciaba negativamente: así, por ejemplo supo ver la sobresaliente condición cromática, sensorial y fonética de la poesía de Góngora, y advertía agudamente su “muchísima semejanza con la de los modernos poetas decadentes, nacidos de la degeneración del Romanticismo”,⁶⁰ pero eso para él no significaba una meritoria anticipación gongorina de sensibilidades líricas futuras sino puro y aberrante “nihilismo poético”.

Hemos llegado aquí a otro aspecto que algunas veces se pone en el debe de Menéndez Pelayo como crítico, y que también se halla, en último término, derivado del peso y la intensidad de su formación humanística tradicional: su escasa congenialidad con el arte y la literatura de su tiempo, o, por decirlo en palabras de Azorín, el hecho de que en él haya “faltado amor a las

⁵⁷ En un homenaje a Góngora de García Lorca escrito para la Revista de la Residencia de Estudiantes en 1932 (en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1955, pp. 68–71, cita en p. 68).

⁵⁸ *La experiencia literaria*, Barcelona, Bruguera, 1986, p. 318.

⁵⁹ Baltasar Gracián, por ejemplo. Habida cuenta de sus prejuicios clásicos, Menéndez Pelayo no podía, obviamente, apreciar demasiado una obra como la *Agudeza y arte de ingenio* del escritor aragonés, pero sin embargo su intuición crítica supo captar admirablemente en muy pocas líneas lo esencial de la misma, al decir que “es una originalísima tentativa para sustituir a la retórica puramente *formal* de las escuelas, a la retórica de los tropos y de las figuras, por otra retórica *ideológica*, en que las condiciones del estilo reflejen las cualidades del pensamiento...” (HIEE, II, 357). Sólo con estas palabras Menéndez Pelayo se anticipa en casi un siglo a las interpretaciones más comprensivas y atinadas sobre el conceptismo graciano y barroco en general.

⁶⁰ En el año 1894, en el resumen de unas monografías de Benedetto Croce. Es curioso que Menéndez Pelayo, que careció de una visión histórica y trascendente de lo barroco —y lo entendía sólo como deformación del gusto en el ámbito estilístico— tendió no obstante a establecer puentes entre las manifestaciones barrocas y el posterior espíritu del romanticismo. Y así, por poner otro ejemplo, concebía al gran Pascal como un espíritu romántico *avant la lettre* (HIEE, V, 214), en vez de verlo como una encarnación del *espíritu barroco* (asombrosamente trasplantado, eso sí, a un ingenio jansenista del país vecino).

manifestaciones nuevas de la estética⁶¹. El propio Menéndez Pelayo reconoció repetidamente su clara vocación como crítico por los tiempos pasados y su ineptitud y desinterés por los presentes.⁶² Como ya hemos sugerido más arriba, don Marcelino daba la impresión de ser "un hombre del Renacimiento extraviado en las postrimerías del siglo décimonono"⁶³ y él mismo se autocalificó "como caído de las nubes" al terreno del arte y la literatura contemporáneas.⁶⁴ Este desapego por las alharacas de la literatura última es debido en parte, como decíamos, a su sólida cultura clásica y humanística, que le hacía ver el carácter efímero y mostrenco de algunas supuestas originalidades que dejaban boquiabiertos a los ignorantes⁶⁵; pero no puede ocultarse que también se desentendió de muchas de los auténticos y más significativos hitos culturales y artísticos de su tiempo. Nada quiso saber de Nietzsche ni de la muerte de Dios, pero tampoco nada de Baudelaire, Rimbaud o Mallarmé (Heine seguía siendo para él último poeta europeo); nada apenas dijo de Bécquer⁶⁶, nada

⁶¹ *Clásicos y modernos*, Madrid, Renacimiento, 1913, p. 284.

⁶² Así, dice en 1982, en el último párrafo del célebre Epílogo a la HHE: "Yo, a falta de grandezas que admirar en lo presente, he tomado sobre mis flacos hombros la deslucida tarea de testamentario de nuestra antigua cultura". Y más de 20 años después (en 1905) explicaba de este modo su vocación al frente de la Biblioteca Nacional: "no soy educador de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición con que han de nutrirse; bibliotecario, en suma..." (citado en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1994, p. 127).

⁶³ F. Gómez Restrepo, en su "Discurso en elogio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, pronunciado ante la Academia Colombiana el día 30 de Junio de 1912", *RABM*, XIV, 1912. Menéndez Pelayo termina su Epílogo a la HHE aludiendo a la modernidad como a "este hórrido tumulto" y expresando su "amor a aquellos serenos templos de la antigua sabiduría, cantados por Lucrecio".

⁶⁴ En su Discurso (pronunciado en 1897) con motivo del ingreso de Galdós en la Real Academia Española. Y todo ello a pesar de la insistencia de sus amigos Valera y Clarín para que hiciera crítica contemporánea. Decía en ese mismo Discurso: "Me he acostumbrado a vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos, y por eso encuentro la pluma difícil y reacia para salir del círculo en que voluntaria o forzosamente la he confinado" (EyD, V, 82).

⁶⁵ El mismo Rubén Darío nos cuenta en primera persona una anécdota significativa: oyendo don Marcelino "a un irritado censor atacar mis versos del *Pórtico* a Rueda como peligrosa novedad", sólo dijo: "Estos son sencillamente los viejos endecasílabos de gaita gallega". Y Darío añade con admiración que él aprobó con gusto ese dictamen de don Marcelino, pues nunca pretendió "haber inventado nada" (En *Páginas escogidas*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 133).

⁶⁶ Dámaso Alonso (*Menéndez Pelayo, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1956, pp. 45–47) recuerda su escasa estima por Bécquer, que el propio Valera le recriminaba en una carta del 5 de agosto de 1883. Dámaso se asombra de que, habiendo muerto Bécquer cuando Menéndez Pelayo tenía 14 años, la poesía del sevillano no emocionara al joven Marcelino, aferrado al gusto clasicista.

de la literatura renovadora de los jóvenes del 98 y —aunque apreciaba a Rubén Darío— mostró poca estima por la escuela poética modernista, a la que consideraba emparentada con las modas literarias francesas y con una visión del mundo decadente y patológica. Podría afirmarse con Unamuno que, aherrojado en su fe y en sus convicciones, el erudito santanderino no quiso o no pudo mirar a los ojos de la Esfinge, enfrentarse a las fisuras y los desgarros que el materialista y descreído siglo XIX había infligido al alma humana.⁶⁷ Sea como fuere, a Menéndez Pelayo hay que juzgarlo por lo que hizo —que fue muchísimo— en el ámbito en el que quiso ejercer su acción, no por lo que no hizo ni quiso hacer.

Ahora bien, este desvío mental del erudito santanderino respecto a su tiempo nos lleva a un asunto que no quisiéramos pasar por alto: el cuestionamiento de su obra crítica e intelectual en razón a su “anacronismo”. Es este un achaque a su persona que ya encontramos en la propia vida del autor, pero que hoy parece incrementarse no sólo por el paso de los años sino por el peso de la dictadura ideológica en los tiempos que corren. Menéndez Pelayo resulta, en efecto, todo un escándalo para la *corrección política* de nuestros días. Repasemos algunos de sus rasgos notoriamente “incorrectos” (aunque no en relación a la vieja tradición humanística, sino respecto a la hoy hegemónica ideología humanitaria)⁶⁸: se declaraba partidario de la pena de muerte, porque cada hombre es responsable de su albedrío y “la sociedad tiene derecho a defenderse” (HHE, I, 196); seguía hablando de “vulgo”, como los viejos humanistas⁶⁹, y no tenía inconveniente, a la vista del consumo literario

⁶⁷ En más de una ocasión expresó estas ideas. Véase, por ejemplo, su artículo “Don Marcelino y la Esfinge”, publicado en *El Sol*, Madrid, 10 de mayo de 1932 e incluido en *Libros y autores españoles contemporáneos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, pp. 217–219. Sin dejar de ser interesantes estas apreciaciones de Unamuno, a menudo son injustas y desproporcionadas, pues mide a don Marcelino por su propio rasero mental y psicológico, tan singularmente convulso y atormentado. Esta arbitrariedad es la que, por ejemplo, le hace escribir en la “Conclusión” a *Del sentimiento trágico de la vida*, que Menéndez Pelayo “huyó siempre de toda robusta lucha interior y fraguó con compromisos su conciencia” (Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 259). Eso sólo sería cierto si la estructura psicológica de don Marcelino —que declaraba tener un “horror invencible a la paradoja y a la afectación de originalidad” (EyD, VI, 322), espacios predilectos del quehacer unamunescos— fuera la misma que la de don Miguel...

⁶⁸ Sería largo explayarse aquí en la distinción. Remito de nuevo al capítulo 8 (“Del viejo humanismo al humanitarismo ilustrado”, pp. 311–364) de mi libro *Sobre el viejo humanismo. Exposición y defensa de una tradición*, ed. cit.

⁶⁹ De ahí deriva también su natural conciencia de llevar a cabo una labor minoritaria. En una carta de Don Antonio María Gómez Restrepo (26–IV–1891) dice: “Yo soy un trabajador modesto que no ha aspirado nunca, ni puede aspirar, a un éxito popular y que se contenta con ser útil a los pocos que se toman estas cosas por lo serio”.

de su época, en referirse a "lo soez y bestial del gusto del público" (EyD, VI, 348); empleaba con frecuencia el término "raza", aunque ni el término "vulgo" tenía un sentido clasista ni el de "raza" (hoy tan antipático por el uso fatal que hizo de él el nazismo) un sentido biologicista, sino un significado cultural que aludía al espíritu o mentalidad característico de un pueblo; creía en las distintas determinaciones biológicas y psicológicas de hombres y mujeres, no en la supuesta indiferenciación que postula el igualitarismo feminista...⁷⁰ Por cualquiera de estas consideraciones Menéndez Pelayo sería juzgado sumarísimamente y acto seguido crucificado por los *correctos* opinadores miméticos de nuestros días. Pero hay otros dos rasgos, asimismo "incorrectos" a los ojos actuales, que son consustanciales a su persona y a su mentalidad y que también pueden hacérselo decididamente anacrónico (aunque sólo en el grado y la medida en que compartamos los prejuicios de nuestra época sobre esos dos rasgos): me refiero a su patriotismo hispánico y a su fe católica. Estas dos instancias fueron el motor de sus primeros grandes empeños eruditos (sus escritos sobre la ciencia española y su *Historia de los heterodoxos españoles*) y ambos se hicieron especialmente patentes en su famoso brindis de El Retiro, que pronunció a los 25 años con motivo del segundo centenario de la muerte de Calderón: reaccionando a otros brindis de cariz anti-cristiano que lo precedieron (y que de algún modo lo provocaron), Menéndez Pelayo, como es sabido, alzó su copa por "la fe católica, apostólica y romana" y "por la nación española, amazona de la raza latina" (EyD, III, 385).

Su fe católica era, en efecto, entera e inexpugnable, y al parecer la poseyó para siempre, sin esfuerzos, dudas o angustias. En su condición de católico comenzó, por ejemplo, su intervención en la oposición a cátedras haciendo la señal de la cruz, requería el favor de Dios al iniciar algún capítulo delicado de su *Historia de los Heterodoxos* o sometía al final el contenido entero de esa obra "al juicio y corrección de la santa Iglesia católica, apostólica y romana". También como creyente consideraba que el providencialismo era "la única verdadera filosofía de la historia" (HHE, I, 292) y en su Discurso de recepción al ingreso de Galdós en la Academia no tenía obstáculo en manifestar su deseo de que "la gracia divina" iluminara a su amigo para que percibiera que "a la sombra de la Cruz" se hallaba "la única solución del enigma del destino humano" (EyD, V, 96). La fe religiosa se vincula en Menéndez Pelayo a su patriotismo, pues consideraba al catolicismo como rasgo congénito del ser de

⁷⁰ Y era tan capaz de decir, para referirse a doña Blanca de los Ríos, que la naturaleza "puso en débil cuerpo femenino un alma de temple de acero" (EyD, III, 5) como de achacar, no sin malicia, al lado "femenino" de doña Emilia Pardo Bazán su adhesión a la modas literarias francesas, porque es una muestra de "carácter *femenino* por excelencia, el de seguir dócilmente un impulso recibido de fuera" (EyD, V, 30)...

España —e imprescindible para su cohesión nacional⁷¹—, lo cual se manifiesta en los hitos más grandes y significativos de su historia: Reconquista, conquista de América, lucha contra el protestantismo, Contrarreforma...⁷² Esa condición del espíritu patrio validaba incluso y justificaba en su ánimo cualquier derrota en el curso de la historia, como demuestran estas palabras del joven Marcelino en el Prólogo a un libro de su amigo Valentín Gómez sobre Felipe II: "Nuestra decadencia vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que a tal desangrarse resista; pero las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos como católicos y como españoles: lo demás, ¿qué importa?" (EyD, VII, 218–9). Esta quijotesca declaración puede parecer extemporánea a los oídos modernos, pero lo cierto es que Menéndez Pelayo no tenía complejos en manifestarla, ni empacho en confesar el carácter "emocional" de su patriotismo, lo cual —dice— "parecerá algo pueril a los que miran la patria como una fórmula abstracta de Derecho público" (EyD, VI, 375).

Nada de esto empece para que nuestro hombre fuera un historiador minucioso y objetivo, y sagaz intérprete —sin duda el primero en los tiempos modernos, como luego veremos— del alma histórica española. Pero no cabe duda de que su arraigada conciencia patriótica y su militante defensa del catolicismo, unidos a la inexperiencia de su extrema juventud, fueron los catalizadores del resbalón crítico que con más justa causa puede atribuírsele a Menéndez Pelayo. En efecto, azuzado por Gumersindo Laverde, profesor suyo de literatura y amigo de su padre, un ardoroso Menéndez Pelayo sale a los 20 años a la palestra para enfrentarse a los krausistas —mucho más maduros y bragados— Gumersindo de Azcárate, Manuel de la Revilla y Nicolás Salmerón y al positivista José del Perojo, que estaban pregonando en los foros públicos la ausencia de pensamiento filosófico y científico en la cultura española como consecuencia de la represión inquisitorial y del rigor del dogma religioso.

⁷¹ En el Epílogo a su HHE, Menéndez Pelayo afirma que "el día en que (esa unidad de creencia) acabe de perderse España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas". Y añade: "A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea".

⁷² E, inversamente, para Menéndez Pelayo los sucesos anticatólicos de la España posterior a los Siglos de Oro son los más lamentables de la historia patria, sea la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII (que recayó sobre intelectuales o literatos tan notables como el polígrafo Juan Andrés, el filólogo y proto-antropólogo Hervás y Panduro, el historiador Masdeu, los literatos José Isla o Pedro de Montengón, etc.), la desamortización del siglo siguiente (que no despojó los bienes de la Iglesia para dárselos al pueblo, sino a terratenientes y especuladores) o la casi contemporánea matanza de frailes del 17 de julio de 1834, que califica de suceso "de vergonzosa recordación más que otro alguno de nuestra historia" (para todo esto, HHE, II, 508, 951, 959, etc.)...

Con su españolismo y su fe católica por bandera, el estudiante santanderino reaccionará publicando diversos trabajos muy documentados para negar que la represión hubiera ahogado al pensamiento español de los siglos de Oro y reivindicar, por otro lado, la existencia de una gran ciencia y filosofía españolas. Si el primero de los objetivos quedaba más que suficientemente cubierto por los datos fehacientes que aportaba el joven investigador —mucho más sólidos que los vagos tópicos de “leyenda negra” alegados por sus adversarios—, su denodado propósito de certificar una filosofía y una ciencia españolas hace aguas por muchas partes, y ya fue advertido a la sazón por la mayor experiencia de alguno de sus íntimos.⁷³

En efecto, dejando al margen su meritoria labor investigadora al sacar a la luz textos y autores interesantes y escasamente conocidos del pensamiento y las letras peninsulares⁷⁴, la defensa a ultranza de Menéndez Pelayo sobre el alto valor de la filosofía y la ciencia españolas era un grave desacierto —sin duda el más grave en su trayectoria crítica—, porque en él participaron crasos errores conceptuales y epistemológicos. Su utilización, por ejemplo, del término “ciencia” en el transcurso de la polémica adolece de una notable ambigüedad, pues a veces se refiere a la ciencia teórica, otras veces a la ciencia aplicada, y otras veces no se distingue bien de la noción de “pensamiento” o incluso de “metafísica”. La misma imprecisión recae sobre el concepto de “filosofía”, que puede aplicarse indistintamente tanto a Descartes o Spinoza como a los nombres que constituían, a su juicio, la columna vertebral de la filosofía española, es decir: Séneca, Averroes, Maimónides, Ibn Tofail, Ramon Llull, Fernando de Córdoba, Fox Morcillo, León Hebreo, Luis Vives, Huarte de San Juan, Gómez Pereira, Miguel Servet, Francisco Sánchez, Francisco Suárez.... Sin entrar en el asunto tan discutible de la “españolidad” de muchos de estos nombres, salta a la vista la inconcreción de lo “filosófico” en este listado, la indistinción

⁷³ El propio Valera le aconsejaba que renunciara a su idea de una “Filosofía española” (un concepto que —afirmaba— le sonaba muy extraño a los oídos) y trató de contenerle para que no extremara sus tesis en el fragor de esta polémica y para que no comprometiera su justa victoria en defensa de la cultura española cargando demasiado las tintas. Por su parte, ya muerto don Marcelino, su amigo y admirador Arturo Farinelli consideraba a su apología de la filosofía y la ciencia españolas, a despecho de la increíble labor de investigación que la sustentaba, como una temprana e inexperta obra de juventud y la calificaba como “desesperada empresa intentada con más vigor de voluntad que de saber” (“La labor y la figura intelectual de Menéndez Pelayo”, trabajo de 1936 publicado posteriormente en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 13 a 55, cita en p. 18).

⁷⁴ No es un mérito menor para la historia intelectual española su rescate de una tradición de pensamiento humanista bastante alejado del tomismo convencional, lo que escandalizó por cierto a una parte del catolicismo español y lo enfrentó en cruda polémica a los escolásticos Pidal y Mon y el Padre Fonseca.

de fronteras entre la "filosofía" y la sabiduría humanística, psicológica o pedagógica, o la confusión de los filósofos estrictos con los comentaristas, los teólogos o los científicos. Podría alegarse que el joven Marcelino pensaba ya —o, más bien, *todavía*— como el viejo humanista que siempre fue al no concebir fronteras o especializaciones en el saber humano y remitirse a la acepción etimológica del término (filó-sofo = amante de la sabiduría). Pero era evidente que, dado el cariz de la polémica y las reflexiones comparatistas que él mismo sostenía para apuntalar sus tesis, se requería una precisión que fuera capaz de diferenciar propósitos, métodos y teorías de conocimiento, sobre todo a la hora de hacer afirmaciones tan apodícticas y contundentes como las que hacía el joven erudito, que calificaba de "gloriosa" a la ciencia española del siglo XVI, afirmaba que el lulismo, el vivismo y el suarismo fueron "tres creaciones filosóficas españolas con influencia en el mundo", o convertía a Vives y Gómez Pereira en precedentes de Bacon y de Descartes. Don Marcelino, en efecto, no pareció considerar algo decisivo: el diferente marco epistemológico y el no menos distinto armazón metodológico en el que se movían los autores españoles y los verdaderos renovadores del pensamiento filosófico y científico europeo, que estaban instaurando una nueva matriz gnoseológica de carácter crítico y analítico, bien alejada de la antigua matriz de pensamiento analógico tradicional en el que todavía operaban aquéllos. En última instancia, el hecho de que hubiera intuiciones y precedencias en el pensamiento español del siglo XVI respecto del europeo del siglo siguiente no significaba nada decisivo, porque todo cobra una significación radicalmente distinta cuando se hace funcionar en un marco gnoseológico diferente.

Menéndez Pelayo y el alma española

Ahora bien, dejando a un lado esta incompreensión en la lectura de las matrices epistemológicas de la Historia, no cabe duda de que las consideraciones históricas del polígrafo santanderino fueron un hito para la definición e interpretación del alma española. Porque Menéndez Pelayo es no sólo el primer gran crítico e historiador de nuestra literatura, sino también la referencia fundacional de lo *hispanico* en el terreno cultural, mediante el ejercicio crítico y reflexivo en una doble dimensión centrípeta y centrífuga. En el plano centrífugo el erudito cántabro atesoró una concepción de lo hispanico que excedía los perímetros de las fronteras políticas nacionales (extendiéndolo hacia América y Portugal). A este respecto es preciso destacar el valor inaugural que tienen los Prólogos a los diversos tomos de su monumental *Antología de poetas líricos hispanoamericanos*, en los que tantos pueblos encontraron su genealogía literaria y las primeras serias valoraciones de su ejecutoria poética (sin haber él mismo viajado nunca a Hispanoamérica), superando los rescoldos de las guerras separatistas o las rutinas de ignorancia entre la metrópolis y las repúblicas sudamericanas. Eminentes críticos y creadores

del otro lado del Atlántico —desde Henríquez Ureña hasta Rubén Darío— reconocieron sin ambages esa crucial labor de don Marcelino, y, por otra parte, como ha declarado un especialista, “la *Antología* abrió los ojos de los españoles a ese mundo literario que era para ellos tierra incógnita. Casi sin incurrir en hipérbole, puede estamparse que con este libro se consumaba el redescubrimiento de América”.⁷⁵

Menéndez Pelayo debe ser, pues, considerado como el primer americanista, y en ese americanismo, correlativamente, quedaba reflejado un sentido ecuménico de la *hispanidad*, concepto éste que requería también un proceso reflexivo y centrípeto, desde dentro y hacia dentro. Este proceso —que integraba e incluía en su caso devociones locales y regionales como la que tenía por su tierra chica⁷⁶ o la que profesaba por la lengua y la cultura catalanas⁷⁷— constituyó el esfuerzo de sus primeras obras, cuya intención última no era otra que indagar en la esencia de lo hispánico, tarea que en verdad no se había hecho antes, pues la mirada sobre la España más plena y representativa— la España histórica de los Siglos de Oro— no había sido hasta entonces, a su juicio, más que una mirada externa y episódica. De este modo lo dice en la HHE (IV, 404): “Nadie ha hecho aún la verdadera historia de España en los siglos XVI y XVII (...) Lo más íntimo y profundo de aquel glorioso período se les escapa. Necesario es mirar la historia de otro modo; tomar por punto de partida las ideas, lo que da unidad a la época”, una historia en la que, por ejemplo —sigue diciendo don Marcelino—, “la reforma de una orden religiosa o la aparición de un libro teológico” cobra mucha más importancia que un matrimonio de compromiso dinástico o una sonada victoria militar.

¿No tenemos aquí una anticipación de la moderna “historia de las ideas” y, a nivel más específico, del singular concepto de “intrahistoria” de Miguel

⁷⁵ Guillermo Lohmann Villena, *Menéndez Pelayo y la hispanidad*, Madrid, Rialp, 1957, p. 122.

⁷⁶ En el Prólogo que antepuso a *Sotileza*, de Pereda, afirmaba: “No solamente soy montañés, sino santanderino y callealtero” (en referencia a la Calle Alta donde nació, en Santander).

⁷⁷ En efecto, a diferencia de otros intelectuales de relevancia, como Unamuno, el santanderino —que siempre criticó el absolutismo centralizador de la tradición borbónica— estaba, desde luego, en las antípodas de cualquier sentimiento anticatalanista. Los dos maestros más queridos y admirados de su formación universitaria barcelonesa, Milá i Fontanals y Rubió i Ors, formaban parte de la primera generación catalanista (eso sí: conservadora y católica) y el amor y respeto de don Marcelino por la cultura catalana —que él integraba de pleno derecho en la cultura hispánica— le granjeó a lo largo de su vida reiterados homenajes e invitaciones por parte de las instituciones catalanas de la época, en el seno de las cuales el santanderino llegó a hacer en idioma catalán discursos encendidos en favor de dicha lengua.

de Unamuno? El propio Unamuno reconocía en 1921 que Menéndez Pelayo había sido "el más perspicaz catador del espíritu hispánico, de la españolidad espiritual"⁷⁸, y es verdad que fue el primero en ahondar con rigor en esa "tradición eterna", intrahistórica, que contenía la esencia del alma española. Como ya sabemos, don Marcelino veía la latinidad y la fe católica como ejes de cultura y centro de unidad imprescriptibles de la nación española, cuya mentalidad quedaba asimismo marcada históricamente por una serie de rasgos, que sólo en la superficie podían parecer contradictorios y que constituían la radiografía del genio español: fuerte adhesión a la ortodoxia ideológica y religiosa⁷⁹, pero acusado sentido de libertad interior y de rebeldía creativa frente a las normas; noble sentido de la elevación espiritual, pero espíritu pragmático y realista; natural desafección por lo teórico y por lo especulativo, y apasionamiento y tendencia a la extremosidad en el orden existencial, pero tendencia a la expresión sapiencial estoica y al armonismo ecléctico en la esfera intelectual del pensamiento... Estas sutiles caracterizaciones del alma española, que Menéndez Pelayo analizó al socaire de su historia crítica y a lo largo y ancho de su obra, influyeron grandemente en la primera gran hornada de hispanistas europeos del siglo XX (Aubrey F.G. Bell, Karl Vossler, Ludwig Pfandl...), pero también, por supuesto, en las reflexiones "regeneracionistas" de la inmediata generación de intelectuales españoles que en torno al año 1900 acudían a lo mejor del pasado patrio para iluminarse en la crisis presente y encontrar una salida nacional hacia el futuro.⁸⁰ Nos referimos a obras como

⁷⁸ *Recuerdos e intimidades*, Madrid, Ediciones Giner, 1975, pp. 464–6.

⁷⁹ Para Menéndez Pelayo la cultura hispánica estaba modulada y ciertamente enriquecida por elementos semíticos (judíos y árabes), pero estos elementos no la alteraban en su ser sustancial ni en su proyección histórica, pues había demostrado, por añadidura, ser una cultura naturalmente encaminada a producir sus mejores frutos nacionales desde la ortodoxia. Esta es la tesis que preside la *Historia de los heterodoxos españoles*, un estudio que analiza —a menudo con simpatía y reconocimiento por las personas— las manifestaciones españolas de herejía o disidencia, pero que concluye que estas manifestaciones —por añadidura impopulares— siempre fueron importaciones foráneas o excrescencias extrañas al espíritu español. La inconsistencia de las herejías españolas y de sus mantenedores (con las excepciones de rigor que don Marcelino se complace en detallar: Juan de Valdés, Servet, Casiodoro, Molinos...) le hace definir en el Discurso Preliminar de su HHE a las ocasionales heterodoxias de nuestro país como "verdaderas aberraciones intelectuales" del pensamiento hispánico.

⁸⁰ Uno de los mayores designios de la obra menéndezpelayesca es precisamente convencer a sus compatriotas de la nobleza y los valores (pese a la derrota) de la España del pasado y devolverles el orgullo y el amor perdido por su historia y su cultura, no tanto para envanecerse, sino como antorcha de ejemplo para el presente y de esperanza para el porvenir. A su juicio, la necesaria "regeneración" de la vida española (un término que, en su sentido moral y espiritual, Menéndez Pelayo utiliza ya en la década de los ochenta, unos años antes de que lo usara la llamada generación

En torno al casticismo de Miguel de Unamuno, el *Idearium español* de Ángel Ganivet o *La psicología del pueblo español* de Rafael Altamira, todas ellas muy influidas por las reflexiones hispánicas de Menéndez Pelayo, y cuyos autores recogieron y desarrollaron unos u otros de los rasgos ya señalados por él.

Ya en el Capítulo Primero de su *Psicología del pueblo español* (escrito en 1898 y publicado como libro en 1902) Rafael Altamira legitima tácitamente las reflexiones de don Marcelino sobre el alma hispánica al constatar lo que él denomina una "determinación psíquica" del pueblo español, propiciadora de una singular "modalidad intelectual y sentimental" que constituye una fuerte "personalidad" nacional, una de las más grandes y singulares de entre el conjunto de los pueblos. Muchos de los rasgos de la "psicología del pueblo español" que aventura Rafael Altamira —aunque su libro es una obra templada y prudente, más reflexiva que conclusiva— siguen la pauta de los ya señalados por Menéndez Pelayo (armonismo, sentido crítico y rebelde, realismo, capacidad intuitiva, etc.). Pese a su adscripción progresista y su pertenencia a la Institución Libre de Enseñanza (muy poco dada a mirar con benevolencia la historia de España), Altamira demuestra su armonía con la actitud de Menéndez Pelayo en su ataque a la leyenda negra antiespañola y en su defensa de la grandeza histórica de España, proponiendo la restauración del crédito y la autoconfianza de los españoles en sus valores históricos, humanísticos y civilizadores, una tradición que, dinamizada con la libertad y el rigor de las investigaciones modernas y el valor de la educación, deberá producir una verdadera "regeneración" de España. Este mismo planteamiento regeneracionista late detrás de las reflexiones de Ganivet y de Unamuno, que también se inspiran expresa o tácitamente en la labor de Menéndez Pelayo para edificar sobre ese suelo sus a menudo agudas interpretaciones sobre el ser de España. Así, Ganivet, que participaba del iberismo y del hispanoamericanismo menéndez-pelayistas y que afirmaba asimismo, como don Marcelino, que

del 98) implicaba una inmersión espiritual en el pasado, en el armonioso espíritu renacentista de un Luis Vives, que unía la sabiduría clásica y la *pietas* cristiana. La constatación de que en la vida española estaba sucediendo más bien un fenómeno de signo inverso motivó que escribiera en los últimos años algunos de los textos más sentidos y amargos de su vida. Véase éste en el Homenaje a Balmes de 1910: "Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras los vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar el propio espíritu, que es el único que redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia nos hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía...".

“España se halla fundida en un ideal religioso”, desarrollaba, por ejemplo, con especial énfasis, ya en las primeras y espectaculares páginas del su *Ideariumn español* (1898), la idea apuntada por el erudito cántabro del esencial senequismo del pueblo español. Unamuno, por su parte, edificaba a partir de los rasgos aparentemente contradictorios señalados por don Marcelino su visión de la esencia *paradójica* de España, que a menudo se manifestaba de modo luminoso en la “afirmación alternativa de los contradictorios” y que debía a la lucha entre lo real y lo ideal su “identidad oculta”; esa misma lógica paradójica podía ser aplicada por el pensador vasco a las observaciones del santanderino, y así, por poner un ejemplo, la observación de este último sobre la libertad creativa del genio español, en el que “la insurrección es estado natural y congénito” (HIEE, III, 611), podían prolongarse con la interpretación de Unamuno, que explicaba que el natural carácter levantisco de los españoles —fundamentado en “la firme fe en el libre albedrío”— hizo necesaria en muchos momentos la represión exterior, pues “hay que imponer ley a quien apenas la lleva dentro, y consuélase el sometido con que su voluntad es libre e inviolable el santuario de su conciencia” (*En torno al casticismo*, 3, III).

Pero las observaciones “intrahistóricas” de Menéndez Pelayo no eran meras especulaciones teóricas o intuiciones impresionistas, sino hondas lecturas interpretativas, inducidas y acompañadas por el estudio ajustado de fenómenos culturales y literarios que habían sido prácticamente ignorados o mal conocidos antes de don Marcelino. Es obvio que en este sentido algunas de las investigaciones emprendidas por él fueron más relevantes que otras para establecer el auténtico calado del ser español. Es indudable, por ejemplo, la importancia que tuvieron para la historia de la literatura española sus pioneros estudios sobre la novela sentimental o la novela bizantina, o el hecho de que fuera el primer crítico que diera todo su valor a *El caballero Cifar*, la más antigua (pseudo)novela de caballerías conocida en España (que había sido pasada por alto por Amador de los Ríos y escasamente valorada por el propio Gayangos). Pero sin duda fueron mucho más trascendentes para el estudio general del alma española sus pioneros estudios sobre la mística, un terreno casi virgen en nuestra literatura⁸¹ y una materia que Menéndez Pelayo

⁸¹ George Ticknor, en su *Historia de la literatura española* de 1849 (el logro más sólido hasta la fecha de una historia literaria española), apenas prestaba atención a la literatura mística: a San Juan de la Cruz lo consideraba “imitador hasta cierto punto de Fr. Luis de Granada” y de sus grandes poemas sólo dice que “son notables por lo abundante y puro de la dicción” (*Historia de la literatura española*, T. III, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1948, p. 162). El propio Menéndez Pelayo era consciente de que “casi todo lo que se ha escrito acerca de nuestra sublime escuela mística del Siglo de Oro carece de rigor y de precisión histórica”, y que la crítica en realidad no se había acercado siquiera al *corpus* de este género de obras, que él consideraba compuesto

fue el primero en estudiar con profundidad, tomándola como quintaesencia de la cultura nacional y analizándola, no desde el marco sobrenatural, sino desde una posición humanista, dentro del contexto general del Renacimiento. El mismo calado y repercusión para una definición cabal del espíritu español en la época áurea tuvieron, por ejemplo, los trabajos que a lo largo de su vida llevó a cabo sobre la influencia de Erasmo en la cultura española de los siglos de Oro, dándole a este tema, por primera vez, la importancia que merecía⁸²: desde el extraordinario despliegue documental de primera mano en los capítulos que dedica al tema de su juvenil *Historia de los heterodoxos* hasta las maduras valoraciones finales acerca de la imbricación del erasmismo con la mentalidad humanística española y su lograda penetración en nuestra literatura.⁸³

Solamente con lo hasta aquí referido (y al margen incluso de lo que se piense sobre el mayor o menor acierto de sus valoraciones) no parece posible que pueda dudarse de la tarea inaugural de Menéndez Pelayo como analista profundo del alma española y expositor de los rasgos con que se proyecta ese alma en sus producciones literarias. Uno puede imaginar que esa tarea sea silenciada por quienes la ignoran, o por los que tienen la costumbre de negarle en cualquier circunstancia el pan y la sal a su enemigo ideológico, pero ¿cómo imaginar que ese reconocimiento no sea exaltado en toda su evidencia por sus discípulos más dilectos?; ¿cómo imaginarlo de Menéndez Pidal, a quien don Marcelino consideraba uno de los dos alumnos de su cátedra madrileña (el otro era Adolfo Bonilla) que, según propia confesión, le habían hecho

por más de 3.000 libros, entre místicos y ascéticos, durante los siglos XVI y XVII (para todo esto véase HIEE, II, 77–113, cita en p. 77). Uno de los máximos especialistas en la materia, Colin P. Thomson, resume así la deuda que en este terreno se tiene con don Marcelino: “Es con Menéndez Pelayo con quien realmente comienza la moderna apreciación de la poesía de San Juan” (*El poeta y el místico*, Madrid, Editorial Swan, 1985, p. 119).

⁸² Tal como el propio Bataillon no puede por menos que reconocer —aunque tal vez no con el énfasis necesario— en las primeras líneas del Prefacio a la edición francesa de *Erasmus en España*.

⁸³ Modulando sus reservas iniciales hacia la figura de Erasmo, Menéndez Pelayo fue poco a poco fijando su posición sobre el erasmismo hasta identificarlo casi en muchos aspectos con el humanismo cristiano y considerarlo “un despertar de la conciencia religiosa hartamente aletargada en la espantosa corrupción del siglo XV” (en la Contestación al Discurso de Ingreso de Adolfo Bonilla y San Martín en la Real Academia de la Historia, el 26 de Marzo de 1911). La conclusión a la que llegó el erudito cántabro al final de su vida fue que la gran penetración del erasmismo en nuestra literatura del Renacimiento, a pesar de sus eventuales yerros y peligrosidad ideológica, fue feliz y afortunada.

llegar a creer "que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo"?⁸⁴ Pero así fue, en efecto, como puede comprobarse en la importante "Introducción" que Pidal redactó en 1949 para el Tomo I de la *Historia general de las literaturas hispánicas*, titulada "Caracteres primordiales de la literatura española"⁸⁵; en este trabajo, tan de referencia en la obra exegética de Menéndez Pidal, éste no menciona ni una sola vez a su maestro cuando comienza hablando de quienes se han referido a las caracterizaciones generales de la literatura española y sí menciona, en cambio, a Milá y Fontanals, a Farinelli, a Madariaga, a Dámaso Alonso o a sí mismo, y sólo cita a Menéndez Pelayo un par de veces muy marginalmente a lo largo del artículo y alguna vez para enmendarle la plana (véase nota 37).

La diferencia entre los dos Menéndez ha sido muchas veces establecida por la crítica. Frente a la erudición desbrozadora, la brillantez expositiva y la extraordinaria intuición crítica de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal (que suavizó las aristas ideológicas de su maestro y eliminó sus prejuicios clasicistas antibarrocos) aportó el rigor sistemático de la nueva filología y la necesidad de la crítica textual, mejorando sustancialmente el conocimiento literario del período medieval. Todo ello fue reconocido abiertamente por Menéndez Pelayo, que siempre admitió la ventaja que respecto a sí mismo había adquirido el saber de su discípulo, a quien encomió con ardor en toda circunstancia⁸⁶, defendió frente a todas las críticas y acabó designando como uno de sus albaceas testamentarios. Ahora bien, ¿le pagó Menéndez Pidal con la misma moneda? Los biógrafos del autor de la *Gramática histórica* suelen hablar sin precisar demasiado de "la devoción de Menéndez Pidal a

⁸⁴ Palabras contenidas al final de su discurso de recepción a Adolfo Bonilla para la Real Academia de la Historia: "cuando recuerdo que por mi cátedra han pasado don Ramón Menéndez Pidal y don Adolfo Bonilla empiezo a creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo" (ECF, 389).

⁸⁵ Ed. Barna, Barcelona, 1949, pp. XIII-LIX. Posteriormente publicado con el título *Los españoles en la literatura* por Espasa-Calpe (Col. Austral), Buenos Aires, 1960.

⁸⁶ Todo ello puede verse resumido en el discurso de recepción para el ingreso de Pidal en la Real Academia Española (en 1902). Su maestro tuvo palabras de evidente admiración por aquel que "ha transformado el aspecto de la Edad Media española, ha herido y penetrado dificultades y problemas que no se sospechaban antes de él, ha comenzado a resucitar un mundo épico...". En ese sentido, y en el ámbito del medievalismo, dice Menéndez Pelayo en un hermoso entrelazamiento de amor a su maestro y a su discípulo: "El puesto de Milá y Fontanals en nuestra literatura ha estado vacante muchos años. Hoy lo ocupa dignamente don Ramón Menéndez Pidal, único que con justicia puedo llamar discípulo suyo, aunque lo sea de sus libros y no de su palabra".

su maestro⁸⁷, pero esa devoción tiene sus sombras y sus matices. No es difícil imaginar, por ejemplo, que la generosidad de Menéndez Pelayo pasó por alto ciertas desafecciones por parte de su discípulo, algunas de ellas presumiblemente tan dolorosas como la estrecha amistad que fue anudando con su enemigo ideológico Giner de los Ríos, con el que Pidal participó en todas sus creaciones educativas y culturales, culminando en el Centro de Estudios Históricos, que fue su casa profesional durante un cuarto de siglo. Pero sin duda la más penosa, la que constituyó uno de los reveses emocionales más duros en la vida del polígrafo cántabro, fue la acaecida como consecuencia de su derrota en la votación para la dirección de la Real Academia en el año 1906. Nadie como él se la merecía, pero la mayoría de votos recayó sobre un tío de don Ramón, Alejandro Pidal, personaje poderoso e influyente en la España del momento, que se benefició de sus numerosas relaciones políticas. Menéndez Pidal prefirió el parentesco (y acaso el poder) y no el magisterio y votó a su tío, infligiéndole un íntimo desengaño a Menéndez Pelayo, que nunca, sin embargo, reprochó a Pidal esta defección y que, para liberarle de cualquier compromiso, había tenido la delicadeza de aconsejarle que votase a su rival (aunque otra cosa fuera obviamente el secreto deseo de que su dilecto discípulo no siguiera tal consejo).

En fin, no es este un asunto para tratar por extenso ni tal vez debiéramos dar aquí por buena la extrema suspicacia (¿o intuición femenina?) que cuatro años antes de este suceso había manifestado la marquesa de Viluma, amiga de confianza de don Marcelino, cuando le advertía sobre Pidal: "ese imbécil, que ni vale la pena ni se lo agradecerá" (carta de 8 de enero de 1902). La marquesa lo decía a propósito del discurso de contestación que Menéndez Pelayo, tal como le informaba en una carta anterior, estaba redactando para recibir a Pidal en la Real Academia. El caso es que Pidal sorprendentemente no citó a Menéndez Pelayo en todo el cuerpo de su discurso de ingreso, como tampoco lo hizo en muchas otras ocasiones en las que parecía preceptivo o conveniente hacerlo, sobre todo después de la muerte de su "maestro". Para acabar, en fin, con este enojoso asunto, bastará con añadir un detalle sintomático que hace referencia a la imagen que Pidal consideraba oportuno transmitir de su antiguo maestro medio siglo después de su muerte (cuando su figura empezaba a ser ya una leyenda lejana y desdibujada entre la juventud española). En una entrevista concedida al periódico *La Vanguardia española* (8 de noviembre de 1964), siendo preguntado por los aspectos que destacaría como más relevantes de Menéndez Pelayo, Pidal eligió su "rapidez de lectura" y decía haberle visto muchas veces que, "al tiempo que iba cortando las hojas

⁸⁷ Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 95.

de algún libro que le llegaba, y mientras hablaba conmigo, se iba enterando del contenido del volumen, de tal modo que, al terminar de abrirlo, decía: 'Bien, este libro es interesante, me parece bueno'. Y lo dejaba ya aparte por leído'. Verdaderamente cualquier otro aspecto hubiera sido más justo y enaltecedor del auténtico y profundo valor del magisterio de Menéndez Pelayo que ese rasgo anecdótico resaltado por su discípulo, que parece apuntar más, en última instancia, a la frivolidad e irresponsabilidad profesionales del maestro que a ninguna otra cosa.

Lo que se debe y no se paga al gran maestro

Tal vez haya intérpretes más benévolos que nosotros al enjuiciar estas actitudes de Pidal hacia Pelayo, o que manifiesten mayor tolerancia hacia las necesidades de cualquier discípulo por distanciarse de su maestro para marcar su personal impronta y forjar su propia personalidad. Pero lo cierto es que, hablando en términos generales, resulta llamativa la ingratitud de que ha sido objeto Menéndez Pelayo por parte de un buen número de críticos, y sobre todo aquellos que más agradecidos debieran mostrarse por sus contribuciones. Resulta doloroso comprobar que muchos de los que luego se han especializado en transitar por las rutas inexploradas que abrió y desbrozó el ilustre crítico santanderino ignoran o silencian al maestro, cuando no lo sacan a colación para recriminarle supuestas carencias o perversiones críticas. ¿No es indignante, por mencionar un solo ejemplo, la animadversión que manifestaba hacia él Russel P. Sebold, lamentando el "supersticioso respeto que se guarda a las opiniones de Menéndez Pelayo, quien a menudo disfrazó en forma de juicios literarios su simpatía con la intransigencia religiosa"⁸⁸, cuando, además de ser falsa en su raíz esa última apreciación, resulta casi un cínico sarcasmo si advertimos que uno de esos denostados "juicios literarios" de don Marcelino fue precisamente la reiterada constatación de elementos pre-románticos en la literatura española del siglo XVIII, una valoración inaugural de la que surgiría en buena medida, casi un siglo después, la entera obra crítica del hispanista norteamericano?

Casos como éste podrían multiplicarse hasta el infinito —y más agudos y enrojecedores cuanto menores y más endebles son los críticos—, pero también los hallamos a veces entre los de más fuste. Veamos sólo algunos ejemplos, como botón de muestra. Dentro de la historiografía crítica española es indudable el carácter fundacional de los estudios de don Marcelino sobre la literatura artística de los Siglos de Oro, plasmados tanto en su *Historia de las ideas estéticas en España* como en su posterior Discurso de ingreso en

⁸⁸ *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 156.

la Real Academia de Bellas Artes, bajo el título *Tratadistas de bellas artes del Renacimiento español*. Pues bien, el más reputado especialista español sobre la materia, Francisco Calvo Serraller, en su importante *Teoría de la pintura en el Siglo de Oro*, no puede por menos que reconocer esa labor desbrozadora de Menéndez Pelayo, pero, en vez de ponderarla en lo que vale, se complace en responsabilizarlo como al "principal inspirador" de una supuesta minusvaloración de la historiografía artística contemporánea sobre los tratadistas clásicos españoles, argumentando la falta de originalidad que don Marcelino les atribuía en relación a los italianos del Renacimiento y su incapacidad o retraso para entender la extraordinaria pintura española de su tiempo. Lo curioso (y lo injusto) es que esos juicios de Menéndez Pelayo son incontestables y Calvo Serraller no los cuestiona, pero sí se entretiene en cargar las tintas sobre las críticas de don Marcelino hacia esos autores y el consiguiente y supuesto efecto de desatención a su obra que ello ha provocado entre los críticos e historiadores posteriores. Habría que decir, en primer lugar, que el crítico montañés no es responsable del hechizo que sus libres opiniones puedan ejercer sobre sus sucesores, pero sobre todo habría que añadir con toda seriedad que una mera lectura del escritor montañés bastaría para demostrar que esa "lista de improperios (...) interminable"⁸⁹ sobre los tratadistas de arte que Calvo Serraller le atribuye no lo es tal en absoluto.⁹⁰

⁸⁹ *Teoría de la pintura en el Siglo de Oro*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 24.

⁹⁰ Es verdad, como hemos dicho, que Menéndez Pelayo evidencia reiteradamente el mimetismo italiano de la crítica española en materia de arte —o "la antinomia tan palpable entre lo que enseñaba en la academia y lo que se practicaba en el taller", como dice a propósito de Francisco Pacheco (p. 419)— y la llamativa circunstancia de que cuando los tratadistas españoles del siglo de Oro, muchos de ellos pintores, "quieren escribir el código de su arte, cierran los ojos a sus propios cuadros y a los de sus contemporáneos, y se van a buscar inspiración en los diálogos del idealismo florentino" (p. 390). Lo cual, por otro lado, no deja de ser la pura verdad. Pero no entendemos cómo puede desanimar a la lectura o investigación de esos textos y autores alguien que dice de los tratadistas —que con tanto esmero e interés estudia— cosas como las siguientes: "estas enseñanzas tan profundas y tan verdaderas que parecen dictadas hoy mismo" (de Felipe de Guevara, p. 394); "todo lo que nos queda de tan ilustre varón puede encerrarse en menos de cincuenta páginas, pero estas páginas son oro puro" (de Pablo de Céspedes, p. 397); "se convendrá conmigo en que, lejos de ser inútil, el *Arte de la pintura* fue un positivo servicio hecho a nuestra cultura estética del siglo XVII" (de Francisco Pacheco, p. 415); "en riqueza histórica vence a todos nuestros libros de arte, y es el que más interesa a la curiosidad de un siglo de arqueólogos como el nuestro" (de Jusepe Martínez, p. 421); "modifica conforme a su idiosincrasia peninsular las ideas reinantes en Italia, se las asimila por el entusiasmo de discípulo que en él se confunde con el hervor de la intención, y habla de su arte con el sentimiento místico de un iniciado" (de Francisco de Holanda, p. 459); etc. Por

Un caso parecido, aunque tal vez más sangrante, es el de Américo Castro. La polémica "cervantina" que éste quiso establecer con don Marcelino, ya muerto, no es desde luego uno de los episodios moralmente más encomiables del autor de *La realidad histórica de España*, un libro, por cierto, que debe muchísimo, aunque nunca su autor lo reconociera, al novedoso y fecundo panorama histórico que don Marcelino había desplegado en su *Historia de los heterodoxos españoles*. No le hacía ninguna falta al genio crítico de Américo Castro emplear la misma conducta que los ingenios menores suelen observar con Menéndez Pelayo, cuya impugnación parece convertirse en el pedestal ajeno sobre el que tratan de erigirse los méritos propios, pero eso es lo que hizo en *El pensamiento de Cervantes* (1925): para fundamentar su reivindicación del bagaje humanístico y renacentista del escritor alcalaíno, Castro se prevalió mendazmente de una cita antigua y descontextualizada de don Marcelino, según la cual se presentaba a Cervantes como "ingenio lego", es decir, hombre intuitivo y genial, pero que no rebasaba en su formación los conocimientos comunes de la sociedad de su tiempo.⁹¹ La mención de Castro era oportunista, porque omitía el contexto en el que se situaba la cita de don Marcelino, que combatía las disparatadas y fetichistas interpretaciones decimonónicas sobre el saber absoluto del escritor alcalaíno, y además obviaba la más específica y meditada reflexión posterior del imprescindible Discurso de 1905, *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote*, donde Menéndez Pelayo relativizaba del todo esa condición de "ingenio lego" para Cervantes en el estrecho sentido en el que quería interpretarlo Castro.⁹² Y donde asentaba con absoluta claridad la tesis que luego desarrollaría brillantemente Américo Castro al considerar a Cervantes como un espíritu profundamente imbuido por la cultura y el espíritu del Renacimiento.⁹³

otro lado —dicho sea de paso—, no deja de ser curioso que, en este caso, la crítica de Calvo Serraller a don Marcelino —a quien tan a menudo se ha reprochado un exceso de pasión nacionalista— se haga precisamente por no valorar en sus justos términos la producción española en este terreno. Esto demuestra, por añadidura, la incuestionable honestidad y libertad de juicio —alguna vez, sin duda, errónea, pero la mayor parte de las veces muy acertada— que caracteriza a la crítica de Menéndez Pelayo.

⁹¹ HIEE, II, 266.

⁹² Léase el texto para comprobarlo: Menéndez Pelayo, EyD, I, 323–356, en especial, 327–8. Es, pues, mendaz la nota de Castro en su aludida Introducción afirmando que "lo mismo vuelve a leerse en *Cultura literaria de Cervantes*".

⁹³ En ese trabajo, Menéndez Pelayo daba por sentado que Cervantes era "hombre de mucha lectura" y se postulaba decididamente su formación clásica, aunque ésta hubiera sido adquirida "de segunda mano y por reflejo". Opinaba asimismo don Marcelino que "el espíritu de la antigüedad había penetrado en lo más hondo de su alma", aunque no al modo pedante y erudito, sino por una especie de ósmosis que se manifiesta en la armonía compositiva, el buen gusto, la pureza estética, la ecuanimidad en el ánimo,

Es lamentable que don Américo —dando en esto triste ejemplo a otros críticos posteriores— no ponderara en lo que vale ese trabajo de don Marcelino, que tanto camino le abrió a él mismo y que, en su relativa brevedad, puede considerarse el estudio más importante sobre Cervantes que se había publicado hasta la fecha. El trabajo abría, en efecto, multitud de vías (de erudición, de técnica, de estilo, de pensamiento...) para el cervantismo, desde la templada filiación erasmista de Cervantes⁹⁴ hasta la reivindicación estética del *Persiles*,⁹⁵ pasando por agudas observaciones sobre el estilo prosístico

la serenidad reflexiva... Concluye el crítico: "Esta humana y aristocrática manera de espíritu que tuvieron todos los grandes hombres del Renacimiento (...) encontró su más perfecta y depurada expresión en Miguel de Cervantes, y por esto principalmente fue humanista más que si hubiese sabido de coro toda la antigüedad griega y latina" (ed. cit., p. 328).

⁹⁴ He aquí, por ejemplo, estas iluminadoras palabras: "Si los que pierden el tiempo en atribuir a Cervantes ideas y preocupaciones de pensador moderno conociesen mejor la historia intelectual de nuestro gran siglo, encontrarían la verdadera filiación de Cervantes, cuando su crítica parece más audaz, su desenfado más picante y su humor más jovial e independiente, en la literatura polémica del Renacimiento; en la influencia latente, pero siempre viva, de aquel grupo *erasmista*, libre, mordaz y agudo, que fue tan poderoso en España y que arrastró a los mayores ingenios de la corte del Emperador" (EyD, I, 329). Antonio Vilanova, uno de los máximos especialistas en el tema, abre su volumen *Erasmus y Cervantes* (que recoge sus trabajos sobre la materia) con este explícito reconocimiento: "Fue la genial intuición crítica de Menéndez Pelayo la que señaló por vez primera la íntima dependencia del pensamiento de Cervantes con el humanismo erasmista del siglo XVI" (Barcelona, Lumen, 1989, p. 7).

⁹⁵ Aunque no deja de señalar los fallos estructurales de la novela y cierta inverosimilitud en las historias de la primera parte del libro, Menéndez Pelayo afirmaba que el "valor estético (del *Persiles*) no ha sido apreciado aún" y destacaba, entre otras cosas, la pureza del estilo, la elevación moral o el bello tono melancólico de la obra. Frente a las opiniones de críticos anteriores como Bouterwek o Sismondi, que consideraban al *Persiles* como un fracaso artístico total, o de contemporáneos como Fitzmaurice-Kelly que resumía su opinión diciendo que es obra "de estilo y finalidad pretenciosos" (ed. cit. p. 328), no cabe duda de que la visión del crítico santanderino era la punta de lanza de una nueva comprensión de la obra póstuma cervantina, de una nueva sensibilidad lectora sobre la misma, representada en su más alto grado por Azorín, que en 1915, al poco de morir don Marcelino, consideraba al melancólico *Persiles* como "uno de los más bellos libros de nuestra literatura" (*Al margen de los clásicos*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 93). Pero, como ocurre tantas otras veces, cierta crítica especializada ha preferido ignorar, para sustentar sus pretensiones de ruptura y originalidad, esa visión reivindicativa anticipatoria de don Marcelino, y se complace más bien en traer a colación, tan maliciosa como absurdamente, una línea perdida de la HHE (IV, 392) donde el joven Menéndez Pelayo en un comentario al margen dentro de unas páginas sobre la hechicería, atribuye —ciertamente, no con acierto— a "debilidad senil" el hecho de que Cervantes introduzca elementos mágicos en algunas escenas del *Persiles*.

cervantino, bien aprovechadas por los especialistas⁹⁶, o no menos agudas apreciaciones sobre el *modus* narrativo del escritor alcalaíno, que anticipan conceptos críticos que alcanzarían mucho tiempo después gran repercusión, como el de "polifonía", que Fernando Lázaro Carreter en diversos trabajos aplicó al arte narrativo del *Quijote*, remitiéndolo a las elaboraciones críticas de Mijail Bajtín o de Tzvetan Todorov sobre los conceptos de "dialogía" o "heterología", pero sin mencionar las oportunas observaciones de don Marcelino en el trabajo cervantino que comentamos⁹⁷, que eran ya una clara prefiguración de la idea "polifónica". El "olvido" menendezpelayano de Lázaro Carrater cuando se refiere a conceptos críticos, se repite otras veces, como si para él don Marcelino no tuviera entidad crítica o teórica suficiente para apuntalar tales conceptos. También sucede, por mencionar otro caso, cuando utiliza el concepto de "imitación compuesta" para referirse a la múltiple afluencia de fuentes clásicas para la creación de ciertos textos; Lázaro afirma haber tomado el término de "imitación compuesta" del crítico francés Henri Weber, que lo aplica a los poetas de la *Pléiade* francesa...⁹⁸ Pero, en honor a la verdad, ese término ya fue empleado por Menéndez Pelayo⁹⁹ para aplicárselo a Juan de Mena en su empleo simultáneo de fuentes (Virgilio, Lucano, Dante) para algunos pasajes del *Laberinto de Fortuna*...

Como estamos viendo, el magisterio de Menéndez Pelayo —no siempre conocido o reconocido— sobre la crítica española se produce a menudo en silencio, como por ósmosis, incluso entre los grandes críticos, que no siempre le pagan lo que le deben, aunque no sea a veces por malicia. Es el caso, por ejemplo, de Dámaso Alonso, lector atentísimo de don Marcelino, al que

El alemán Michael Nerlich —uno de los últimos críticos de este jaez— no es el único que emplea este turbio procedimiento denigratorio para el santanderino, pero sí tal vez el que lo lleva más hacia el extremo, al fantasear una imaginada "difamación del *Persiles* por Menéndez Pelayo", cuyo juicio, afirma Nerlich sin inmutarse, "literalmente ha asesinado" a la obra (*El Persiles descodificado o "La divina comedia" de Cervantes*, Madrid, Hiperión, 2005, pp. 15 y 21).

⁹⁶ Helmut Hatzfeld, por ejemplo, señaló los apuntes de don Marcelino en el mencionado trabajo (loc. cit., pp. 333–334) sobre el *cursus* boccacciano de la prosa cervantina, asunto éste que el crítico alemán desarrolló ampliamente en su conocida obra *El Quijote como obra de arte del lenguaje* (Madrid, CSIC, 1972, pp. 264–283).

⁹⁷ Donde se dice, por ejemplo, sobre el estilo representacional del *Quijote* que "ese estilo no es el de Cervantes, sino el de don Quijote, el de Sancho, el del Bachiller Sansón Carrasco, el del Caballero del Verde Gabán, el de Dorotea, el de Altisidora, el de todo el coro poético que circunda al grupo inmortal" (loc. cit., p. 341).

⁹⁸ Véase a este respecto F. Lázaro Carreter, "Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial", en *Actas de la I Academia Literaria Renacentista*, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 193–223.

⁹⁹ *Poetas de la Corte de Don Juan II*, Madrid, Espasa Calpe, 1943, p. 202.

dedicó incluso, como ya sabemos, un estimable libro. Veámoslo rápidamente. Cuando Menéndez Pelayo dice, refiriéndose al *Auto de los Reyes Magos*, que “el primer vagido de la Musa dramática española es una representación de carácter religioso” (EyD, III, 169), ¿no inspiró esta expresión y esta idea las del célebre artículo de Dámaso Alonso “El primer vagido de nuestra lengua” (1947), al subrayar lo significativo de que sea una oración la glosa emilianense que constituye el primer texto escrito en castellano? Cuando el crítico y poeta madrileño por las mismas fechas (en su artículo “El Arcipreste de Talavera a medio camino entre moralista y novelista”) hace hincapié en la importancia del Arcipreste para el desarrollo de la novela en España, ¿no camina sobre los pasos de don Marcelino, que es el primero que advirtió y justificó como se debe la genialidad del *Corbacho* y su trascendencia para la prosa de la literatura española (ON, I, 175–198? ¿Y acaso la perspicacia de Menéndez Pelayo al subrayar el “arte de las transiciones” en la poesía de Fray Luis de León (EyD, II, 94) no anticipa las reflexiones críticas que en el capítulo dedicado a Fray Luis de su *Poesía española* (1950) lleva a cabo Dámaso Alonso sobre las “relaciones interestróficas” o los movimientos climáticos y anticlimáticos de las mismas en las odas frayluisianas, como uno de los criterios más eficaces de valoración estética y estilística de esos poemas?

Y es que a menudo el silencioso magisterio de don Marcelino no se basa en lo esperable por quienes no lo conocen más que por referencia (el dato erudito, la edición precisa, la fuente concreta, etc.), sino en la agudeza de lector, en la sensible percepción crítica, en la capacidad para descubrir la clave más honda o más eficaz de interpretación de una obra. En otras palabras: es presumible que la erudición menéndezpelayesca haya sido la primera en advertirnos sobre las influencias petrarquescas en *La Celestina*, sobre la conexión de esta obra con la comedia humanística en lengua latina (aspectos luego desarrollados por ilustres especialistas, como Deyermond, Gilman o Lida de Malkiel), o sobre la presencia de la magia en relación con textos de la época,¹⁰⁰ pero son todavía más admirables —y eso nos da su verdadera medida como crítico— sus agudísimas observaciones sobre la hondura psicológica de los personajes o el profundo valor artístico y existencial de la obra. Lo mismo ocurre, por poner otro ejemplo, con las *Coplas* de Manrique a la muerte de su padre: no es la erudición de don Marcelino lo que nos cautiva al examinar el poema,

¹⁰⁰Peter Russell, el más reputado especialista de este tema en su relación con *La Celestina*, iba más lejos y reconocía que “a la pluma de Menéndez y Pelayo debemos un estudio general sobre las artes mágicas en España durante la Edad Media (se refiere al contenido en el cap. VIII del Tomo III de la HHE) que sigue siendo punto de partida conveniente para cualquier estudio particular referente a este tema (“La magia, tema integral de *La Celestina*”, en *Estudios sobre la Celestina*, AAVV, Madrid, Istmo, 2001, p. 285).

sino sus sensibles comentarios, y también el hecho de enfocar su juicio crítico precisamente en la dialéctica entre tópico y originalidad, aquilatando el valor de la composición en las nuevas formas, tonos y tratamientos de la materia y sabiduría tradicionales. ¿Y no es éste el aspecto que le dio la pauta a Pedro Salinas para llevar a cabo su imprescindible ensayo sobre las Coplas, *Jorge Manrique, o tradición y originalidad* (1947)?

Mucho más que erudición

Quizá convendría, a tenor de lo dicho, que abordemos el tópico de Menéndez Pelayo como erudito, una etiqueta plenamente merecida, pero que acaso ha contribuido a oscurecer el valor de su figura como crítico. Habría que decir antes que nada que, aunque uno tiene la impresión de que la erudición no era precisamente la cualidad que el santanderino valorara más en un hombre de letras y que, como auténtico humanista, se mostraba especialmente irónico con todas las muestras de la vana o falsa erudición, Menéndez Pelayo exigía obviamente en el ámbito histórico-crítico la necesaria presencia de erudición verdadera y lamentaba que en España se confundiera a menudo con la pura memoria o la actividad ociosa, o simplemente hubiera estado ayuna del necesario rigor. Pues en el rigor es donde se sustenta la honradez intelectual de todo erudito, una cualidad que el polígrafo santanderino representó con una fiabilidad desconocida hasta entonces en nuestra crítica. No es otra la cualidad que le lleva a enfrentarse con la memoria del padre Feijóo cuando comprueba, indignado, que el autor de las *Cartas eruditas* vierte sus críticas sobre Raimundo Lulio “sin haberle tomado nunca en las manos”, lo cual constituye “uno de los rasgos más memorables de ligereza que pueden hallarse en el siglo XVIII” (HHE, II, 430). Menéndez Pelayo siempre se precave de esa honestidad, ya sea cuando confiesa en alguna ocasión la naturaleza algo mejorable de sus fuentes¹⁰¹, cuando es incapaz de no traslucir en sus comentarios, explícita o implícitamente, los defectos o limitaciones en las obras de amigos o conocidos¹⁰², o cuando pone sobre el tapete —pues “ante

¹⁰¹ Como cuando confiesa manejar la versión latina y no el texto griego al hablar del Areopagita (HIEE, I, 164 n. 1) o cuando afirma citar a Marcial por la edición Bipontina y no por la más preferible edición de Schneidewin, que no tiene a mano (HIEE, I, 289, n. 1).

¹⁰² “No hay que ocultar la verdad, ni yo sirvo para ello”, dice en el Discurso de recepción al ingreso de su gran amigo Galdós en la Real Academia, para justificar sus críticas a la ocasional ideologización del escritor canario en algunas de sus novelas. Menéndez Pelayo hace en ocasiones verdaderos encajes de bolillo discursivos para no zaherir sin por ello traicionarse. Un ejemplo memorable son las 30 páginas que le dedica a Núñez de Arce en 1882, en las que, mediante la teorización evasiva, la reticencia y el circunloquio se intenta tratar del mejor modo a ese escritor a quien le une “amistad y compañerismo”, aunque no se deja de apuntar entre líneas, para quien quiera verlo,

todo obliga el respeto a la verdad histórica”— algún dato o información que nos transmite mal de su grado, como aquellos que confirman la desgraciada intervención de su admirado Melchor Cano para prohibir las obras de su no menos admirado Fray Luis de Granada (HIEE, II, 82–3).

Pero, además de esta necesaria honestidad intelectual, la erudición legítima y verdadera que reivindicaba don Marcelino exigía un proceso de amplio recorrido por parte del investigador, que él nos resume de esta manera: “el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para buscarle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, unida a cierta especie de imaginación retrospectiva” (E y D, t. V, p. 14). Para Menéndez Pelayo la necesaria disciplina y meticulosidad de la erudición no sólo liberaba a la opinión crítica de la superficialidad común de muchos juicios, sino que perseguía recrear la obra en la mente de su autor y descubrir así la medida de su genio.¹⁰³ Ahora bien, no todo gesto de erudición permitía alcanzar estos fines. E igual que podía discriminarse entre grandes y pequeños creadores, era posible hacer lo propio entre grandes y pequeños eruditos, cuya distinción no es otra —para don Marcelino— sino la de ser eruditos de lo grande o eruditos de lo pequeño. El polígrafo santanderino, siempre fiel al genuino sentido de la filología humanística, admite y reconoce el mérito y la labor de estos últimos, pero asimismo declara que, por su corto recorrido, se encuentran alejados de la verdadera grandeza estética e intelectual, para la que la erudición nunca será un fin, sino sólo un medio,¹⁰⁴

lo que realmente sentía sobre el retoricismo declamatorio, la hueca verbosidad o el trasnochado romanticismo de Núñez de Arce (EyD, IV, 331–360).

¹⁰³ Después de hacer todo un despliegue erudito sobre las posibles fuentes literarias de *La Celestina*, afirma Menéndez Pelayo: “No faltará quien tache de vano alarde de investigación todo lo que voy escribiendo sobre los orígenes de *La Celestina*. El método histórico comparativo, lento y minucioso de suyo, tiene pocos prosélitos en España. Por no someterse a su rígida disciplina, que requiere como auxiliares otras muchas si ha de convertirse en hábito constante del espíritu, suelen perderse los esfuerzos de nuestra crítica en vagas consideraciones de estética superficial o de psicología recreativa. Y, sin embargo, ¿puede haber cosa más interesante que seguir paso a paso la elaboración de una obra de genio en la mente de su autor; asistir si es posible a la creación de sus figuras y deslindar los elementos que por sabia combinación o por genial y súbita reminiscencia se concertaron para formar un nuevo tipo estético?” (ON, III, 352).

¹⁰⁴ En EyD, V, 72–3 dice lo siguiente sobre los eruditos de lo pequeño: “Aplaudo de todo corazón a los tales, y procuro aprovecharme de lo mucho que me enseñan, pero nunca me avendré a que sean tenidos por maestros eminentes, dignos de alternar con los sublimes metafísicos y los poetas excelsos y con los grandes historiadores y filólogos, los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los autores de catálogos y bibliografías, los gramáticos que estudian las formas de la conjugación en tal o cual dialecto bárbaro e iliterario, y a este tenor otra infinidad de trabajadores

y tampoco un saber distante y acartonado, sino una verdadera experiencia de vida: "Bueno es saber la antigüedad —dice con pasión en uno de sus ensayos—, pero todavía es cosa más rara y más delicada y más exquisita sentirla, y sólo sintiéndola, viviendo dentro de ella, se adquiere el derecho de ciudadanía en Roma y en Atenas" (ECF, 16).

Nada mejor que su propio ejemplo para encarnar estos valores de verdadera y viva erudición. Es proverbial referirse a la figura de don Marcelino como a la del máximo erudito español de todos los tiempos; sin embargo, ya puntualizaba Antonio Machado que si Menéndez Pelayo debía ser considerado el mejor en su género es porque "puso un calor de alma y un amor a los estudios que excedía con mucho a su erudición, con ser su erudición vastísima".¹⁰⁵ En general es muy significativo que quienes han estudiado con más profundidad la tarea crítica de Menéndez Pelayo han resaltado precisamente que no es la enorme erudición —aunque incuestionable e incuestionada— la cualidad que lo hace una figura tan importante, sino otros factores: la sensibilidad estética, la profundidad de análisis, la grandeza de miras... Así, por ejemplo, Guillermo de Torre, reivindicaba ante todo su condición de "artista"¹⁰⁶, Sainz Rodríguez afirmaba que Menéndez Pelayo no era solamente un prodigio de datos sino, sobre todo, "un vivero de ideas"¹⁰⁷, Pedro Laín Entralgo establecía que "lo verdaderamente importante de Menéndez Pelayo no debe buscarse en el detalle de su investigación, con ser ésta tan frondosa, sino en su inédita actitud ante la historia, España y la cultura moderna"¹⁰⁸, y Mircea Eliade cifraba su admiración por el polígrafo santanderino en "su hambre inmensa de saber" y su "pasión por trabajos de grandes proporciones, eruditos, pero con una visión amplia y filosófica" (*Diario portugués*, 10 de Noviembre de 1941). Un contemporáneo de Menéndez Pelayo detallaba de la mejor manera esta certidumbre que tienen los lectores de haber recibido en sus obras mucho más que sabiduría erudita: en su folleto "Un viaje a Madrid" (1886) expresaba Leopoldo Alas "Clarín" su juicio sobre Menéndez Pelayo afirmando que en su trabajo "lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él más todavía el buen gusto, el criterio fuerte y seguro y más amplio cada

útiles, laboriosísimos, beneméritos en la república de las letras, pero que no pasan ni pueden pasar de la categoría de trabajadores, sin filosofía, sin literatura y sin estilo". Y añade que la ciencia es el punto de partida de la "historia literaria", "pero el arte es su término, y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética" (p. 73).

¹⁰⁵ J.L. Cano, "Tres cartas inéditas de Machado a Ortega", *Revista de Occidente*, 3ª época, 5-6 (1976), p. 32.

¹⁰⁶ *Menéndez y Pelayo y las dos Españas*, Buenos Aires, PHAC, 1943, p. 22.

¹⁰⁷ *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, p. 171

¹⁰⁸ *España como problema*, T. I, Madrid, Aguilar, 1956, p. 71.

día, y siempre más de lo que piensan muchos. (...). Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va a los manuscritos no a descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino a resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro”.

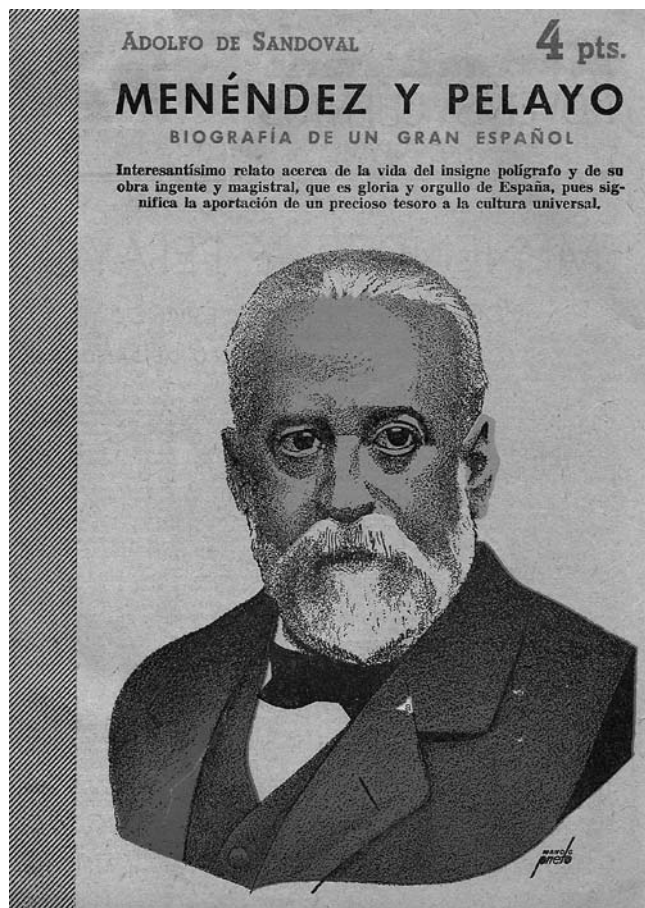
Lo cierto es que el rigor erudito de Menéndez Pelayo nada tiene que ver con el *rigor mortis*.¹⁰⁹ Pocos autores transmiten en sus obras críticas e históricas un efecto tan vivo y tan personal, que nos proporciona la sensación de estar asistiendo a una exposición libre y espontánea de conocimientos, siempre abierta a la revisión y a los documentos de última hora¹¹⁰ y realizada de primera mano y a pecho descubierto, sin corsés académicos, muletas formales o cortapisas teóricas. Ya de muy joven se refería nuestro autor a “la pedantería de críticos y preceptistas, empeñados en poner nombres a todo” (EyD, V, 336) y, como buen humanista, nunca tuvo la tentación de teorizar (nada más alejado de un amante de las letras que un teórico de la literatura). Es muy sintomático en este sentido que su obra crítica favorita sea la sensata y amenísima *Epístola a los pisones* de Horacio, que él supo entender como nadie¹¹¹. Su crítica es, por otro lado, siempre apasionada, vivencial y directa, dispuesta en todo momento a la valoración interpretativa (con abundante empleo de la lítote, la ironía o la reticencia) y con un grado muy alto de modalización personal: así, puede referirse sin ambages al “antipático asunto” de los procesos de limpieza de sangre del Siglo de Oro, a la “fatigosa labor”

¹⁰⁹ Por eso no le gustaba el frío neoclasicismo francés y denunció abiertamente el fatal equívoco que a su juicio existía con ese movimiento: “Hay que evitar este *quid pro quo* en que muchos críticos han caído por el sentido vago y genérico que se ha dado a la voz *clasicismo* y que ha hecho suponer entre la literatura del siglo de Luis XIV y la de la antigüedad un nexo que nunca existió más que en apariencia” (HIEE, V, 220).

¹¹⁰ Sus investigaciones eran verdadero *work in progress* y no hay más que recordar la puesta al día constante y la ampliación permanente en las reediciones que hizo de sus obras a lo largo de su vida. Por otro lado, Menéndez Pelayo estaba muy al tanto de las investigaciones realizadas por los críticos e historiadores de otros países y mantuvo muy estrecho contacto con los principales hispanistas del mundo (Gaston Paris, Pio Rajna, Foulché-Delbosch, Morel Fatio, Farinelli, Merimée, De Lollis, Bohemer...).

¹¹¹ Por eso lamentaba que el Brocense la considerara “como una *Poética* regular y sistemática” (HIEE, II, 213). Y es lógico también que sea de su agrado el talante abierto y el buen sentido del mejor preceptista español del período áureo, El Pinciano, que hace caso omiso de las reglillas aristotélicas y de otros tantos patrones de retórica a los que se sometieron tantos preceptistas franceses e italianos de la época para explicar “cómo había de entenderse la imitación y qué verdad era la verdad poética” (HIEE, II, 239).

que le supone la rebusca de la disidencia religiosa en el siglo XVI peninsular, confesar sin reparos que no ha tenido tiempo ni acaso ganas de leer alguna obra del asunto o materia que está tratando¹¹², o comentar el impacto que le produjeron las primeras lecturas de algunos de los libros que analiza.



¹¹² Así, por ejemplo, al hablar de la novela pastoril española, dice: "Por mi parte confieso que no he tenido tiempo ni valor para leer la *Astrea* (de Honoré D'Urfé), cuyas proporciones son verdaderamente formidables (unas 5.500 páginas en sus 5 partes, como añade después). En materia de novelas pastoriles tiene uno suficiente ración con las de casa, que a lo menos poseen el mérito de la brevedad relativa" (ON, II, 282). Algo parecido había dicho al hablar de novelas de caballerías y confesar que tenía en su biblioteca una primera edición de *Don Florambel de Lucea*, "pero —añade— confieso que todavía no he tenido valor para enfrascarme en su lectura" (ON, I, 431).

Arte divagatorio y sintético de la crítica menéndezpelayesca

Sea como fuere, Menéndez Pelayo es un erudito que nunca aburre, hable del *Amadís*, de tratadistas de pintura o de la *Estética* de Hegel. A esto contribuye, además de lo dicho y de lo que diremos, su claro y eufónico estilo y su solvente capacidad retórica, pero también elementos de precisión crítica y de estrategia discursiva. El polígrafo cántabro muestra, en efecto, por una parte, una facilidad asombrosa para la localización y la expresión del dato revelador, del rasgo significativo, del concepto definitorio de una obra literaria, pero asimismo sabe aproximarnos a la condición humana del que la escribe, una condición que también forma parte del juicio global de cualquier obra. Frente a las escuelas críticas de nuestro tiempo, que absurdamente despojan la presencia autorial en sus comentarios, el polígrafo santanderino sabe de la importancia de ese elemento para la transmisión crítica, y es un maestro en elegir la anécdota que desvela el rasgo psicológico o biográfico más pertinente o en narrar con solvencia y capacidad admirables la azacaneada existencia de algún autor¹¹³ para acercarnos a él e involucrarnos en su obra.

Con el fin de hacer más comprensibles y atractivos sus objetos de estudio, el erudito cántabro suele empezar por el principio de los temas, ampliando el marco y la perspectiva, dando aire y respiro al asunto, situándolo en el contexto que le corresponde. A menudo ese marco y ese contexto exceden las fronteras nacionales y eso lo convierte, sin pretenderlo, en el primero de nuestros comparatistas. Menéndez Pelayo se movía, en efecto, con extraordinaria soltura por todas las disciplinas de la cultura humanística y por todo el ámbito de las letras europeas occidentales, estableciendo en su obra crítica constantes relaciones entre las literaturas de dentro y fuera de un mismo ámbito cronológico y de dentro y fuera de la península ibérica (pues España, como un todo, formaba en sus diversas lenguas una parte consustancial de Europa y de la cultura occidental). No es, pues, extraño, por ejemplo, que, al hablar de Don Juan Manuel, salgan a relucir las obras de Boccaccio o Ramon Llull, que los relatos de este último se relacionen con las tablas de los pintores primitivos, que la construcción del *Amadís* se asocie con las menudas labores del arte plateresco, que compare con Balzac al *Libro de Buen Amor*, considerándolo "la *Comedia humana* del siglo XIV", que remita al *Werther* goethiano cuando se refiere al carácter epistolar de la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, o que la novela morisca española le lleve a hablar de Washington Irving. Estos saltos y asociaciones resultan siempre

¹¹³ Muy espectaculares y "novelescas" son, por ejemplo, las que narra en su *Historia de los heterodoxos* de algunos heresiarcas españoles: Francisco de Enzinas, Juan Díaz, Eugenio Torralba, etc.

pertinentes y sirven para subrayar rasgos específicos de las obras o para reflejar su universalidad, su representatividad o su trascendencia.

Asimismo, por su naturaleza expansiva y generosa, Menéndez Pelayo en sus exposiciones se manifiesta a menudo como magníficamente divagatorio: jamás evade o escamotea la materia que promete, pero a menudo la excede con introducciones, digresiones y contextualizaciones, casi siempre iluminadoras y oportunas. Nunca da menos, pero con frecuencia nos da mucho más de lo que anuncia. ¿Cómo reprocharle que su voluminosa *Historia de las ideas estéticas en España* resulte ser al cabo, además de eso, una historia de la Estética universal, que su análisis de la *Propaladia* de Torres Naharro le dé ocasión para extenderse en un innovador estudio sobre la poesía dramática prelopesca, que sus *Orígenes de la novela* comience con un panorama de la narrativa en el mundo greco-latino o que haga lo propio sobre la literatura artística en las iniciales y espléndidas páginas de su Discurso de ingreso a la Real Academia de San Fernando sobre los *Tratadistas de bellas artes en el Renacimiento español*?¹¹⁴

Pero, en realidad, Menéndez Pelayo —y esa es una de sus máximas excelencias— puede ser tan analítico y divagatorio como conclusivo y sintético. De hecho, atesoraba una capacidad fuera de lo común para la condensación crítica, tanto para resumir en unas pocas páginas la esencia de amplios fenómenos históricos y culturales (sea la filosofía arábiga de la España medieval, la cultura francesa bajo Luis XIV, o los pros y los contras del naturalismo literario que había triunfado en suelo europeo), como para ofrecer la quintaesencia de un autor en una sola frase, como cuando alude a las inigualables dotes sentenciosas de Boileau, “en quien cada verso nació predestinado para andar en boca de las gentes como aforismo” (HIEE, II, 261). Esto, unido a su asombrosa capacidad de relación intelectual¹¹⁵, le permite comentarios que son como píldoras de literatura comparada —llenas, sin embargo, de matices—, cual es aquella en la que lamenta que el talento ático y suave de Moratín —que “es de la familia de Terencio”— quisiera imitar a veces el de Molière, careciendo el español “de la profundidad lógica más bien que psicológica que Molière pone en sus figuras; de aquella penetrante fuerza cómica que ahonda en las entrañas de la vida, y saca de ella, si no tipos complejos como los de Shakespeare,

¹¹⁴ Remito a mi edición y comentarios de este fragmento, publicada en las páginas 307–322 del T V de *Teoría del Humanismo*, P. Aullón de Haro ed., Madrid, Verbum, 2010.

¹¹⁵ Véase, sólo por poner un ejemplo, las luminosas comparaciones que lleva a cabo, en su magnífico estudio sobre Schiller, entre el carácter intelectual de éste y el de Kant, o entre los genios tan opuestos de Schiller y de su amigo Goethe (HIEE, IV, 52 y ss, 84 y ss.).

a lo menos imperecederas generalizaciones, que parecen almas humanas, siquiera muchas veces no lo sean" (HIEE, III, 420). O esta que se incluye en la magistral síntesis con la que inicia el estudio de su admirado Ausias March: "El amor refinadísimo, quintaesenciado, metafísico y abstracto de Ausias March, en quien por caso singular, una pasión verdadera y ardiente se encerró bajo una espesa armadura escolástica, viene directamente de la *Vita Nuova* y del *Convivio*, con algo del *Cancionero* de Petrarca. La genialidad de Ausias le llevaba más a la escuela del primero, aunque hiciese profesión y gala de imitar al segundo" (HIEE, I, 431).

No cabe duda de que el valor de estas breves y sintéticas exposiciones menéndezpelayescas sería menor o más impreciso si no concurriera un soberbio estilo literario, que un reciente crítico ha descrito de este modo: "la sintaxis flexible, fácil, espontánea y, sobre todo, infinitamente variada: unas veces períodos largos, repletos de subordinadas, fluyen con naturalidad, sin que el lector tenga la sensación de fatiga o aridez; y siempre con una claridad meridiana que hace de cada párrafo un alarde de pedagogía; otras veces, sentencias breves, lapidarias, inician un argumento, atrayendo la atención del lector de tal forma que se adentra en el párrafo con la intriga que provoca un enigma sin resolver; o bien cierran una reflexión de modo cortante, con contundencia, dejando un eco en la conciencia del lector..."¹¹⁶. Pero las cualidades formales, estilísticas, van de la mano de una preciosa decantación mental en los contenidos, en virtud de la cual cada concepto, cada adjetivo, no tiene desperdicio, porque apunta —a menudo con transparente sencillez— a ideas muy profundas, y los rasgos elegidos, sean hondos y sutiles o anecdóticos en apariencia, siempre resultan oportunos por enormemente significativos. No es extraño que con estos mimbres resulten memorables muchos de sus epítomes críticos de no más de una página que aparecen a menudo como presentación o conclusión de los autores que trata a lo largo de sus obras, sean Espronceda o Diderot, Cienfuegos o Rousseau, Dante o Goethe... Véase, por ejemplo, la exposición sintética con la que arranca su magnífico estudio sobre este último autor: "No aceptaba los sistemas filosóficos más que *como formas diferentes de la vida*, y con un eclecticismo personal (que en nada contrariaba su genio sintético), se asimilaba de cada uno lo que estaba en armonía con su propia naturaleza, lo que podía servir para su progreso y desarrollo. Goethe recorrió todo arte, toda ciencia, toda superstición, toda sociedad; se dio a sí mismo la educación más vasta y más compleja que haya poseído artista

¹¹⁶ Con estas palabras describe Vicente Carreres el estilo de Menéndez Pelayo en las páginas que dedica a este autor en su magnífico artículo "La historiografía estética: pasado, presente y nuevas miradas", en *Historiografía y teoría de la historia del pensamiento, la literatura y el arte*, P. Aullón de Haro dir., Madrid, Verbum, en preparación.

alguno; hubiera querido (a no ser aspiración inasequible) vivir con todos los seres que viven; pensar con todos los seres que piensan; recorrer todos los círculos de la existencia, manteniendo intacta su personalidad de hombre y de artista; comprenderlo y penetrarlo todo; compendiar en su persona la humanidad entera con todo su trabajo lento y progresivo; convertir en forma toda idea y toda pasión, único modo de emanciparse de ella..." (HIEE, IV, 85).

Los principios liberales de un conservador

Hemos indicado algunos rasgos y virtudes de la crítica menéndezpelayesca. Comenzábamos señalando su completa adhesión a la tradición humanística, que le infunde una clara determinación de carácter ético, estético e intelectual; quisiéramos ahora, para terminar, recuperar esta fuente originaria de su tarea crítica y relacionarla con las actitudes mentales y existenciales que la alimentan. Para iniciar esta reflexión no se me ocurre nada mejor que recordar el adjetivo con el que Gregorio Marañón resumió en su día, con pleno acierto, el pensamiento de Menéndez Pelayo. En efecto, contra todo lo esperable, el ilustre médico no dudó en calificar a don Marcelino de espíritu "liberal"¹¹⁷, entendiendo obviamente este calificativo no en su acepción política decimonónica, sino en el originario sentido moral e intelectual del término, que tenía que ver con la libertad de criterio y la amplitud de juicio. En este sentido, podría compararse la actitud liberal del "conservador" Menéndez Pelayo con la del no menos conservador G.K. Chesterton (su contemporáneo), cuya "ortodoxia" siempre resultaba mucho más comprensiva, abierta y simpática —y desde luego mucho más *libre*— que el progresismo de muchos rebeldes y heterodoxos militantes. Esta liberalidad personal de Menéndez Pelayo —de la que son testimonio irrefutable sus amistades fraternales con adversarios ideológicos¹¹⁸— descansaba y se proyectaba en una extraordinaria autonomía de juicio y se extendía a sus labores como estudioso y como crítico. Aunque a menudo se le ha reprochado —como si él, y no su natural *auctoritas*, fuera en verdad responsable de eso— por instaurar muchos tópicos críticos para las generaciones siguientes, lo cierto es que el propio Menéndez Pelayo actuó siempre con una absoluta libertad de criterio y se adhirió de forma natural a las posturas críticas que no se fundaban en métodos y dogmas establecidos.

¹¹⁷ *Ensayos liberales*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, p. 151.

¹¹⁸ Como el propio Chesterton con su amigo Bernard Shaw, Menéndez Pelayo supo anudar grandes amistades (con Galdós, con Clarín, con Morel Fatio...) por encima de evidentes diferencias ideológicas, y acabó estableciendo magníficas y respetuosas relaciones personales con quienes habían sido sus más crudos adversarios (como esos Manuel de la Revilla o José del Perojo con quienes en sus años juveniles había polemizado acerbamente sobre la ciencia española).

A ello obedece su escasa simpatía por la crítica formalizadora y racionalista del siglo XVIII¹¹⁹ y, en cambio, su entusiasmo por aquellos románticos que franquearon el siglo XIX con una crítica libre de patrones codificadores y llena de intuición y de sensibilidad.

Porque son las condiciones personales del gusto y el sentido estético las que marcan para Menéndez Pelayo la grandeza del crítico, aunque constate que éstas a menudo no van de la mano de las aptitudes teorizadoras y racionalizadoras, sino que resultan más bien incompatibles con ellas. Sólo en contadísimas ocasiones esta incompatibilidad quedaba, a su juicio, redimida o compensada de algún modo. Así, la "escasa aptitud (de Kant) para los deleites estéticos" resultó ser la *conditio* de su genialidad como filósofo de la Belleza, al hacerle "penetrar muy hondo en los problemas fundamentales de la Estética, liberándole de la continua distracción a que expone el trato frecuente con las obras maestras" (HIEE, IV, 34 y 19). Y, por otra parte, en ocasiones excepcionales el genio del "gusto" podía ser tan fuerte en algún crítico que lograba vencer el incómodo o errado corsé de su propia doctrina, como a juicio de Menéndez Pelayo, ocurrió con Hegel o Schopenhauer cuando discurrían sobre estética: en estos casos, dice don Marcelino, "el artista se sobrepone al filósofo y le obliga a cometer felices inconsecuencias" (HIEE, IV, 317). Menéndez Pelayo admitía la excepción incluso con aquellos críticos que, aun perteneciendo a corrientes dogmáticas y aun por completo opuestas ideológicamente a su mentalidad, se revelaban, como es el caso del francés Taine, "incomparable crítico en sus descripciones y en sus juicios de gusto, pero no por sus fórmulas, sino a pesar de sus fórmulas" (HIEE, V, 143). Esta capacidad del crítico santanderino para identificarse, sin renunciar a sus principios, con el juicio estético de ingenios de valía que diferían de él ideológicamente es un aspecto digno de tomarse en cuenta y confirma una vez más su condición liberal.

¹¹⁹ Ayuna con frecuencia de sensibilidad estética, incluso entre los críticos más apreciables por la calidad formal y la sensatez de sus juicios; es, por ejemplo, el caso de Boileau cuyo "espíritu estético es el de un procurador o un comerciante de paños" (HIEE, III, 22). De la misma índole es la opinión que nuestro polígrafo expresa, en el ámbito hispánico, al afirmar que en "el buen Iriarte" se juntó "la mayor suma de discreción, cultura y amenidad de ingenio con la mayor penuria de sentimiento poético que imaginarse puede" (EyD, V, 3) o valorar de este modo las observaciones sobre las obras de arte que hace el culto Moratín en su *Viaje a Italia*: "parece el inventario de un escribano", dice (HIEE, III, 428). Esta notable insensibilidad estética dieciochesca es aplicable por añadidura a otros grandes autores españoles, y así lo subraya Menéndez Pelayo en las obras críticas de sus, por otro lado, admirados Forner, Mayans o Jovellanos, cuyas condiciones eran —dice— mucho más aptas "para la verdad que para la belleza" (HIEE, III, 396).

Pero Menéndez Pelayo, en definitiva, huía de los tópicos ideológicos, ya fueran de un signo, ya de otro, trascendiendo lo que él consideraba burdos escoramientos “de Ateneo o de Juventud Católica”.¹²⁰ A despecho de su reconocido patriotismo, su documentada visión histórica española no se ajusta, por ejemplo, a lo que él mismo denominaba “empalagoso ditirambo en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto, etc.. sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades” (EyD, VII, 216); y en su libertad de juicio a veces nos sorprende rompiendo los supuestos mecanicismos ideológicos que alegremente pudiéramos atribuirle.¹²¹ Aunque no cabe negar que su mentalidad conservadora se complacía muy especialmente en desvanecer los lugares comunes y las contradicciones del ala progresista en sus juicios o actitudes a lo largo de la Historia, sea denunciando el falso tópico sobre la tolerancia del califato de Córdoba frente al cerril dogmatismo católico, documentando la persecución religiosa y mostrando una lista de mártires cristianos (HHE, I, 391–4), sea subrayando la significativa paradoja de que “revolucionarios” como Voltaire o el abate Marchena fueran tan retrógados y conservadores en materia estética...¹²²

En el fondo, ésta y otras paradojas cuestionaban en el ánimo de don Marcelino el supuesto determinismo ideológico del arte y afianzaban su defensa de la autonomía estética. A propósito de una conocida frase de Víctor Hugo

¹²⁰ “Hay hombre que, en obsequio a sus principios doctrinales, se ve obligado a negar toda cultura a los árabes, considerándolos como unos bárbaros feroces; y hay quien, por el extremo contrario, niega toda civilización propia a la Europa cristiana, y sólo a los árabes considera como maestros universales que disiparon las tinieblas de la barbarie. Grandes temas de Ateneo o de Juventud Católica, aunque afortunadamente van ya pasando de moda” (EyD, I, 199). Desgraciadamente no pasan de moda, como se constata a veces en nuestros días...

¹²¹ Como cuando —por poner un solo ejemplo— en la *querelle* entre antiguos y modernos en la Francia del siglo XVII parece decantarse por estos últimos: “Los defensores de los antiguos pecaron por espíritu de rutina, y los defensores de los modernos por falta de erudición y discernimiento”, pero en éstos advierte Menéndez Pelayo una intención y un método “que abría siempre perspectivas y horizontes nuevos, y era digno heraldo y nuncio de lo porvenir” (HIEE, III, 30 y 27).

¹²² O que la rebeldía romántica de un Shelley o de un Byron (para quien Pope y no Shakespeare era el primero de los poetas ingleses) fuera acompañada de unos presupuestos formales tan clasicistas. En este sentido, y en lo que se refiere a la literatura española, Menéndez Pelayo fue por cierto el primero en señalar, frente a la adscripción general de que eran objeto por la crítica al uso, el dudoso carácter romántico de autores como Martínez de la Rosa (cuyo destino fue, “sin haber sido nunca romántico, abrir la puerta al romanticismo y triunfar el primero en las tablas, en nombre de la nueva escuela”, EyD, IV, 275) o Mariano José de Larra (cuyo dramas *Macías* “sólo tiene del género romántico la variación de metros”, EyD, VII, 270).

estableciendo que el romanticismo era el liberalismo en literatura, afirmaba el polígrafo santanderino: "Es cierto que el arte, en su manifestación histórica, no se concibe aislado del medio social ni independiente de los demás órdenes de la vida; pero en lo más profundo de su esencia, en lo más sustantivo, en lo que hace y constituye obra bella, el arte cumple las leyes de su propio interno desarrollo, y se emancipa en gran parte de las transitorias combinaciones políticas. Sus relaciones con el estado social y con el espíritu dominante son reales, muy reales, pero también muy complejas y muy difíciles de reducir a fórmula breve y expedita" (HIEE, V, 313). En cada caso, en efecto, las determinaciones existentes sobre cada obra serán distintas, y no derivarán sólo del contexto social e ideológico, sino también de la psicología y la biografía individuales. El crítico, en cualquier caso, no debe ir a la obra literaria con criterio mecanicista y ha de sustituir las anteojeras ideológicas (e incluso formales o metodológicas) por la sensibilidad y el amor desinteresado hacia la literatura: "para escribir sobre arte lo primero que se requiere es haber vivido en intimidad con el arte, haberle amado por él mismo, por los goces espirituales que proporciona" (HIII, IV, 276). Por eso mismo Menéndez Pelayo siempre se mostró en plena militancia contra la visión instrumentalista, tanto docente como propagandística, del arte y la literatura, ya sea en la versión krausista de un arte para el desarrollo de los valores cívicos progresistas, ya sea en la versión de las estéticas moralizantes o cristianizadoras, que buscaban "un arte por la moral", a la manera que a la sazón postulaba el jesuita alemán Joseph Jungmann (HIEE, IV, 275).

Su sincera aversión a la instrumentalización del arte se manifiesta a cada paso de su quehacer crítico (incluso cuando esa instrumentalización va en la dirección de sus ideas), y así cuando, por ejemplo, se dispone a analizar un género tan esencialmente propagandístico como el auto sacramental, comienza diciendo lo siguiente: "Género es éste no sólo peculiar de nuestra literatura, sino singularísimo y extraño entre todas las del mundo. Es más, constituye por sí solo una que no sé si llamar aberración o excepción estética, digna, desde este punto de vista, de muy detenido examen" (EyD, III, 131). Fina y honrada observación desde la perspectiva de la historia de los géneros literarios, pero también muy reveladora en orden a calibrar su delicada situación personal de crítico católico. En este sentido, y para ahuyentar precisamente el espantajo moralista que pudiera atribuírsele por su fe religiosa y su mentalidad conservadora, escribió en frase famosa que "en arte soy pagano hasta los huesos"¹²³ y mantuvo ciertamente de modo escrupuloso esa condición, tanto cuando reprochaba a Fernán Caballero la interrupción de sus mejores relatos con "inoportunos, si bien encaminados, sermones" como cuando no echaba

¹²³ Es la frase que escribió sobre el cartapacio donde guardaba sus versos.

cuentas de las "obscenidades" del *Satyricón*, al que consideraba una "joya literaria" y un valiosísimo cuadro de costumbres de toda una época, que encerraba "bellezas enteramente dignas de admiración y estudio" (ON, IV, 242-3).

Es bien sabido, por otro lado, que don Marcelino gustaba siempre de presentarse, con toda la intención, como "ciudadano libre de la República de las Letras" —un atributo que, a su juicio, era "el más hermoso y apetecible que pueda darse, y yo, por mí, no lo cambiaría por ningún otro" (CE, I, 304)— y no se adhería a ningún método o escuela, a no ser, como sabemos, la ecléctica y abierta filosofía humanista del "vivismo". Para su actividad crítica, el erudito cántabro tomó lo mejor de diversas corrientes decimonónicas, una mezcla de tendencias románticas y positivistas sobre la base de su educación clásica. Tomó la doctrina romántica (especialmente en Herder) del genio de los pueblos, asumió profundamente el espíritu del historicismo, y estimó en mucho la vinculación al dato y a la constatación empírica del positivismo (incorporó las ideas de Taine sobre el medio, la herencia, etc., aunque siempre atenuadas sustancialmente por la doctrina del libre albedrío). Este aspecto ecléctico y totalizador de la obra crítica de don Marcelino ha sido siempre muy ponderado por quienes se han acercado a ella. Gerardo Diego decía que en el santanderino se producía "la crítica total, íntegra, armoniosa"¹²⁴, en el sentido de que mezclaba equilibradamente el texto y el contexto, la sensibilidad literaria y la consideración histórica. Y Emilia de Zuleta, en los primeros compases de su *Historia de la crítica española contemporánea* destacaba su "concepción tan compleja y tan admirablemente equilibrada del trabajo crítico", que atribuye un lugar importantísimo a la erudición, pero que también atiende al contexto histórico, a la sensibilidad estética o al amor por el objeto de estudio.¹²⁵

Por eso mismo no es casualidad que, a pesar de estas virtudes, Menéndez Pelayo suscite la incomodidad de los críticos doctrinarios. Benedetto Croce, tan inflexible en su propia hermenéutica, afirmaba que la *Historia de las ideas estéticas* adolecía de cierta falta de perspectiva crítica, como si fluctuara entre el idealismo metafísico y el empirismo. Fluctuaba, efectivamente, porque Menéndez Pelayo no juzgaba las obras en función de sus ajustes o desajustes a verdades previas establecidas, sino a su coherencia interna y al espíritu de grandeza que le insuflaba su autor. Como decía refiriéndose al Gracián de la *Agudeza*, prefería los "errores originales" a los que "repiten pesadamente máximas de una verdad trivial" (HIEE, II, 358) y a quienes, como Hegel,

¹²⁴ "Menéndez Pelayo y la historia de la poesía española", en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, p. 179.

¹²⁵ Madrid, Gredos, 1974, 2ª ed. aumentada, T I, p. 32.

se equivocan “a lo grande” antes que a aquellos que nunca se atreven a salir de sus certezas minúsculas y convencionales (HIEE, IV, 236). Menéndez Pelayo siempre estaba dispuesto a reconocer la excepción o la salvedad dentro de la obra de un autor de talento, aunque no fuera de su devoción, o dentro de un sistema literario o filosófico que él considerara equivocado. Muchos ejemplos sería posible aducir a lo largo de su obra, aunque los más continuados y significativos podrían ya encontrarse en su temprana *Historia de los heterodoxos españoles*, un trabajo destinado a defender la ortodoxia, pero a lo largo del cual no se escamotean los méritos o el valor de ciertos heterodoxos. Es verdad que don Marcelino los considera como excepciones en un mar de heresiarcas pedestres que zahieren a veces en lo más profundo su sensibilidad estética, intelectual o religiosa, pero ahí están también algunos con su valía a cuestas para ser admirados, porque el genio o el mérito personal puede brillar por encima o por debajo del error.¹²⁶

Y es que, a despecho de las ideologías políticas, los escepticismos filosóficos o las crudezas morales, Menéndez Pelayo valoraba siempre por encima de ello otras cualidades, y entre ellas muy especialmente lo que podemos denominar la *buena salud espiritual* de los hombres y de sus obras. Su evaluación tan positiva de autores como Hegel, Goethe o Víctor Hugo, a pesar del absolutismo filosófico del primero, del paganismo de espíritu del segundo, o del socialismo del tercero, radica precisamente en que son autores altamente saludables, repletos de higiene mental y espiritual. Su admiración por el último de ellos radicaba, por ejemplo, en que era “ante todo (cosa muy rara en la literatura moderna¹²⁷) un poeta sano, de temperamento robusto y atlético, en quien la

¹²⁶ Ya del primero de los herejes españoles, Prisciliano, reconoce el mérito de advertir la riqueza de la literatura habraica y representar el albor de la exégesis bíblica en España (HHE, I, 275–6). Este reconocimiento recaerá sobre otros heresiarcas por diversas razones: así, por ejemplo, del protestante burgalés Francisco de Enzinas don Marcelino destaca su “saber filológico” y el valor dramático y narrativo de sus *Memorias* (HHE, III, 306), del gran Miguel Servet, quemado por Calvino, “la audacia y originalidad de sus ideas” y el “vigor lógico” de su sistema, así como su condición de “alma naturalmente enamorada y mística” (HHE, III, 312 y 383), del quietista Miguel de Molinos su condición de “escritor de primer orden” (HHE, IV, 255), del afrancesado y colaboracionista abate Marchena su carácter apasionado y su maravilloso dominio de la lengua latina (HHE, V, 433), del anti-católico y renegado Blanco White su magistral talento costumbrista, el valor de sus insuperables traducciones shakespearianas y el mérito de haber sido uno de los “iniciadores de la crítica moderna en España” (HHE, VI, 187–188), etc.

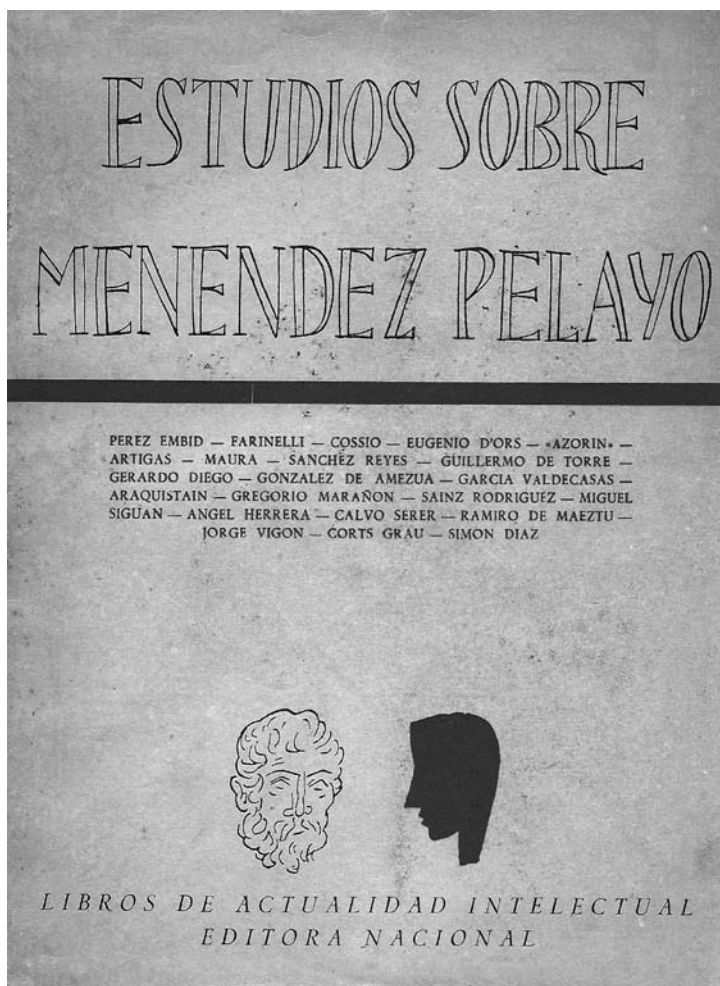
¹²⁷ Representada, a su juicio, por la literatura francesa de su tiempo, que se caracterizaba por “la ausencia de todo entusiasmo sano y sincero, sustituidos por un vano *dilettantismo* artístico, por un estéril trabajo de retórica y estilo” (en carta a Juan Valera de 16–X–1886).

enfermedad del siglo apenas hizo mella" (HIEE, V, 396), y de igual modo el gran Hegel, a su juicio, se desmarcaba del carácter malsano de las reflexiones filosóficas del siglo XIX, pues "sus mismas aberraciones presentan un sello de grandeza y nunca al leerle se siente degradada ni rebajada nuestra naturaleza moral" (HIEE, IV, 236). Esos mismos presupuestos son los que emplea para valorar las obras y los autores de la literatura española al pasar por encima de las crudezas e inmoralidades¹²⁸ del *Libro de buen amor* y de *La Celestina*, pues a su juicio esas obras eran producto de espíritus esencialmente sanos, no enfermos. Así, al hablar del epicureísmo de Juan Ruiz, subraya que éste se nunca se manifiesta "de un modo egoísta y brutal, sino con cierto candor, que es indicio de temperamento sano"¹²⁹, y en lo que toca a *La Celestina* destaca en la obra "aquella *buena salud* intelectual que el autor seguramente disfrutaba y de la cual, en mayor o menor grado, hace disfrutar a sus personajes más abyectos, salva los escollos de las situaciones más difíciles y no consiente que ni por un solo momento se confunda esta joya con otros libros torpes y licenciosos, que son pestilencia del alma y del cuerpo." Y añade: "Digno será de lástima el espíritu hipócrita o depravado que no comprenda esta distinción" (ON, III, 355, cursiva suya).¹³⁰

¹²⁸ Las cuestiones relativas la moral sexual de las obras literarias nunca supusieron un mayor problema para don Marcelino, salvo por cuestiones de decoro, que tampoco invalidaban por completo el interés histórico que pudiera tener un libro. Así, cuando en los *Orígenes de la novela* (IV, 54 y ss.) estudia *La lozana andaluza*, afirma que rehúsa entrar al análisis del contenido de la obra, porque "no es tarea para ningún crítico decente", pero se explayará más de diez páginas señalando los rasgos de "naturalismo fotográfico" de esta obra, de la que puede decirse que "no está escrita, sino hablada" en una singular "jerga mestiza y tabernaria" y que, aun siendo una obra cuyo "valor estético es nulo" tiene gran importancia "como documento histórico", debido a sus "curiosidades de lengua y extraños detalles de costumbres".

¹²⁹ *Antología de poetas líricos castellanos*, T. I, CSIC, Santander, 1944, p. 258.

¹³⁰ Con los mismos parámetros, aunque a la inversa, debemos interpretar algunas de sus aversiones, que pueden resultarnos sorprendentes a primera vista. Así ocurre, por ejemplo, con la que siente por Chateaubriand, gran escritor y, por añadidura, cristiano y conservador confeso y militante, pero que a Menéndez Pelayo le parece superficial y mundano, con un temperamento malsano y sentimental como el del propio Rousseau, y tan peligroso como él mismo. Son evidentes las razones humanistas-clasicistas, y a la vez hondamente religiosas de don Marcelino, que consideraba al *Genio del cristianismo* como un libro que defendía equivocadamente una "poética" cristiana superior a la del arte clásico (haciendo jugar al cristianismo en un ámbito estético que no le correspondía) y que, ayuno de profundidad teológica y filosófica, equiparaba con demasiada alegría los hondos misterios del cristianismo con lo maravilloso de la mitología clásica. Menéndez Pelayo achacaba a Chateaubriand una mentalidad pagana, pero no menos la tenía su admirado Goethe; la gran diferencia estriba una vez más en la "salud" moral y espiritual de ambos autores. A diferencia del alemán,



En realidad, y contra lo que imaginan los contradictores que jamás han leído a don Marcelino con buena fe, sus entusiasmos críticos no se miden, como vemos, por razones ideológicas o de moral religiosa, sino más bien por actitudes humanas, aptitudes estéticas y capacidades intelectuales, que se calibran, más que en la adecuación a alguna norma o verdad extrínseca,

Menéndez Pelayo veía en la obra del francés el espíritu malsano y decadente del siglo y consideraba su obra de ficción más significativa, *René*, como “la quintaesencia de los tósigos morales más homicidas” (HIEE, V, 283).

en el elemento cordial, en la autenticidad artística o en la altura de miras de un empeño literario. Y ésas son a su vez, y en última instancia, las mismas actitudes que Menéndez Pelayo esperaba encontrar en la mejor crítica, además de una sensible voluntad de estilo, que era en el fondo una muestra palpable de amor y responsabilidad en la tarea elegida y un síntoma inequívoco de compenetración profunda con la materia de estudio, especialmente en los historiadores y críticos del arte y de la literatura: "A nadie, por sabio y profundo que sea, es lícito exponer con frase desaliñada, con estilo inculto y feo, la realidad pasada o presente que es materia de la historia, ni menos aquellos aspectos de la vida que tienen por sí propios valor y eficacia estética. Ninguna historia debe escribirse sin arte, pero menos que ninguna la historia del arte mismo" (EyD, III, 6). No en vano su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (1883) llevaba por título, como ya sabemos, *La historia considerada como una obra artística* y allí leemos que el gran historiador "puede ser crítico, puede ser erudito, mientras reúne los materiales de la historia y pesa los testimonios e interroga los documentos; pero llegado a escribirlo no es más que artista", y el cántabro no duda en compararlo con un dramaturgo o un novelista (EYD, VII, 17).¹³¹

El maestro predica con el ejemplo y Menéndez Pelayo atesoraba ejemplarmente estas cualidades que a otros requería. El santanderino era depositario del don de la escritura, aunque su arte no estribaba sólo en escribir y en describir de la mejor manera, sino en sentir y hacer sentir honda y eficazmente aquello que escribía, ofreciendo a los lectores razones y criterio para atrapar la verdad y la belleza literarias donde las hubiera. Ninguna de estas cualidades se aprende en las escuelas. Así lo decía otro maestro, Alfonso Reyes, cuando colocaba a Menéndez Pelayo entre los grandes críticos de la historia (Longino, Coleridge, Saint-Beuve, De Sanctis, Arnold, Pater, Brandes, etc.), titulares a gran escala de una capacidad que no se adquiriría con los grados académicos: era "la alta capacidad interpretativa" que denominamos "juicio estético". Así la describe el ensayista mejicano: "Ni extraña al amor, en que naturalmente se funda, ni ajena a las técnicas de la exégesis, aunque no procede conforme a ellas porque anda y aun vuela por sí sola y ha soltado ya las andaderas del método, es la corona de la crítica. Adquiere trascendencia ética y opera como dirección del espíritu. No se enseña, no se aprende".¹³² Ciertamente, ese juicio

¹³¹ Siete años más tarde, en 1890, Oscar Wilde escribiría su provocador ensayo *El crítico como artista*. Y es curioso comprobar que, aunque escrito desde ópticas totalmente distintas —el viejo humanismo, por una parte, el esteticismo decadente, por la otra—, hay ideas y conceptos sorprendentemente afines entre ambos textos.

¹³² En su magnífica conferencia de 1941 "Aristarco o anatomía de la crítica", incluida en *La experiencia literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 92–104, cita en p. 101.

estético al que se refiere Reyes precisaba, además de cultura objetiva, una serie de capacidades cordiales, sensibles, intelectuales y artísticas que en don Marcelino alcanzaron una cima extraordinaria, a la que nadie ha llegado, antes o después, en la crítica española. Lástima grande que los mezquinos prejuicios y la culpable ignorancia de los últimos tiempos hayan desalojado su figura del lugar de privilegio que le corresponde en el canon crítico de la filología y la estética españolas, privando a las últimas generaciones del derecho a disfrutar como se debiera de su magisterio.